

**Grecia y amor platónico en *Maurice* de E. M. Forster,  
o la grandeza y los límites de la Antigüedad como inspiración<sup>1</sup>  
(Primera parte)**

Pau Gilabert Barberà  
Universitat de Barcelona<sup>2</sup>

A Annie Carcedo y a la memoria de Patricia Cruzalegui

Habrà que reconocer que, ante un título como el anterior, podría pensarse que este artículo trata sobre todo –o tratará- de evidencias. No voy a negarlo, ya que, al fin y al cabo, el mismo Forster explica en las “Notas sobre los tres hombres” protagonistas de la novela que uno de ellos, Clive Durham, muestra un “temperamento helénico”. Él es un hombre que cree en la medida platónica y que intenta que su gran amigo, Maurice, la adopte también. No desvelaré, pues, secreto alguno, sino que intentaré ofrecer un análisis minucioso de algo ya sabido y aceptado. Es cierto igualmente que, en la “Nota final”, el escritor se declara profundamente impresionado por Edward Carpenter, seguidor del poeta Whitman y convencido de la nobleza del amor entre camaradas. Según confiesa, él y su amigo George Merrill se convirtieron en el acicate creativo que hizo que su novela fluyera suavemente sin tropiezo alguno. Y, sin embargo, es obvio que Grecia, Platón y sus diálogos –*El Simposio* y *El Fedro* principalmente- y el amor platónico que gracias a ellos quedó perfectamente delineado son la inspiración, el arquetipo o modelo, el reto y, finalmente, aquello de lo que hay que distanciarse para superarlo o reconducirlo hacia su verdadero origen. De hecho, es lógico que así sea –o comprensible, al menos-, puesto que conviene no olvidar que Forster, después de ingresar en el *King's College* en 1897, estudió en Cambridge Lenguas Clásicas –e incluso enseñó Latín en el “*Working Men's College*” de Londres<sup>3</sup>. Naturalmente, hay muchas otras razones que justifican la dependencia platónica de *Maurice*, y que tienen que ver con el papel de Grecia y del mismo Platón en una época como la Victoriano-Eduardina, pero todas estas cuestiones preferiría abordarlas a medida que el trabajo avance. De momento, me interesa exponer con claridad qué método de exposición seguiré para señalar a continuación sus ventajas e inconvenientes.

En efecto, si opto por un análisis minucioso del papel inspirador de Grecia y el amor platónico en una novela concreta, podría muy bien centrarme en puntos precisos y presentar las citas *ad hoc* que juzgue más adecuadas. No obstante, he subrayado y subrayo que, en mi opinión, ambos temas constituyen la base y estructura de un edificio literario quizá menos complejo –

---

<sup>1</sup> Este artículo fue publicado en Catalán en la revista *BELLS (Barcelona English Language and Literature Studies)*, primera parte, 1994, volumen 5, pp. 39-56, y la segunda parte en 1995, volumen 6, pp. 71-88.

<sup>2</sup> Profesor Titular de Filología Griega del *Departament de Filologia Grega de la Universitat de Barcelona. Gran Via de les Corts Catalanes 585, 08007 Barcelona. Telf: 934035996; fax: 934039092; correo electrónico: pgilabert@ub.edu*

<sup>3</sup> Como introducción a su biografía, personalidad humana y literaria, etc. pueden consultarse, p. e.: Ackerley, J. R. *E. M. Forster. A Portrait*. London: Ian Mckelvie, 1970; Advani, *E. M. Forster as Critic*. London: Croom Helm, 1984; Beauman, N. *E. M. Forster. A Biography*. New York: A. A. Knopf, 1994; Cavaliero, G. *A Reading of E. M. Forster*. London: Macmillan, 1979; Colmer, J. *E. M. Forster: the Personal Voice*. London: Routledge & Kegan Paul, 1975; Furbank, P. N. *E. M. Forster: A Life*. Oxford: OUP, 1979; Gardner, Ph. *E. M. Forster*. Harlow: Longman, 1977; Gillie, Chr. *A Preface to Forster*. Harlow: Longman, 1983; King, F. *E. M. Forster*. London: Thames & Hudson, 1978; May, B. *The Modernist as Pragmatist. E. M. Forster and Fate of Liberalism*. Columbia and London,: University of Missouri Press, 1976; Messenger, N. *How to Study an E. M. Forster Novel*. Basingstoke: Macmillan, 1991; Page, N. *E. M. Forster*. Basingstoke: Macmillan, 1987; Scott, P. J. M. *E. M. Forster: Our Permanent Contemporary*. London: Vision, 1984 y Summers, C. J. *E. M. Forster*. New York and London: Garland, 1991.

aunque no pobre- que la mayor parte de las obras de Forster. Por tanto, yo debería demostrar que, en lo tocante a *Maurice*, mi lectura es útil para captar su verdadero espíritu. Ahora bien, soy consciente de que debo respetar el derecho del lector a seguir mis pasos facilitando así un verdadero control de mi viaje intelectual. Respetaré evidentemente este derecho inalienable, pero una tal actitud, razonada y razonable, me fuerza a buscar la comprensión del lector si le invito a leer conmigo, capítulo tras capítulo, un texto, cuya dimensión querría ayudarle a revelar. Como filólogo, creo que es lo que me corresponde y, pese a saber que este procedimiento alargará inevitablemente la exposición y favorecerá alguna que otra reiteración, estoy convencido de que es el más acertado y honesto. Tan sólo me queda desear que el volumen, no sólo de afirmaciones y certezas, sino de sugerencias y matices, sea lo suficientemente amplio para satisfacer las expectativas que el título haya podido despertar. Doy por concluido, pues, el obligado prolegómeno y comienzo ya.

\*\*\*

Al iniciar la lectura del primer capítulo de la primera parte, es inevitable reparar en algo que ha de marcar profundamente el carácter y la naturaleza especial de Maurice, esto es, vive –y, en realidad, ha vivido- en un mundo masculino cerrado en sí mismo que pone obstáculos y llega a impedir incluso una relación fluida con el otro mundo, con el mundo de las mujeres. Han sido los años de la escuela primaria, y ahora, terminado el curso, puede gozar del paseo anual en que “tomaban parte en él los tres maestros, en unión de todos los alumnos”<sup>4</sup> (17) (“*the three masters took part as well as the boys*”) (15)<sup>5</sup>. Estos chicos, no chicos y chicas, educados por profesores, no por profesores y profesoras, se hallan sometidos a una rígida disciplina que no tolera, a lo que parece, concesión alguna. Al fin y al cabo, aquel paseo, “para que se resintiera menos la disciplina, tenía lugar siempre antes de las vacaciones, cuando la indulgencia no resultaba perjudicial” (17) (“*lest discipline should suffer, it took place just before the holidays, when leniency does no harm*”) (15).

Las mujeres, a su vez, ocupan otro espacio, la casa, donde, como esposas y madres antes que como mujeres, ejercen su naturaleza acogedora y maternal. De hecho, aquel paseo “parecía más una fiesta familiar que una actividad escolar, pues la señora Abrahams, la mujer del director, se reunía con ellos en el salón de té, con algunas damas amigas, y se mostraba hospitalaria y maternal” (17) (“*seemed more like a treat at home than school, for Mrs. Abrahams, the Principal's wife, would meet them at the tea place with some lady friends, and be hospitable and motherly*”) (15).

Todo nos indica, por tanto, que estos niños educados por hombres tienen pocos y espaciados contactos con el mundo femenino, lo que quizá explicaría por qué el director de la escuela, Mr. Abrahams, tiene de ellos una visión lineal y simplificadora: “Le parecían una raza de seres pequeños pero completos, como los pigmeos de Nueva Guinea, ‘mis muchachos’. Y eran aún más fáciles de comprender que los pigmeos, porque nunca se casaban y raras veces fallecían” (18-9) (“*They seemed to him a race small but complete, like the New Guinea pygmies, ‘my boys’ ... And they were even easier to understand than pygmies, because they never married and seldom died. Celibate and immortal, the long procession passed before him, its thickness varying from twenty-five to forty at a time*”) (16).

Libres de los “inconvenientes” de la muerte y del matrimonio, “puros” de mujer y de muerte, le parecen autosuficientes y nada problemáticos. Mr. Ducie, uno de los ayudantes de Mr. Abrahams, percibe, con todo, los peligros que les acechan, faltos como están de contraste e

---

<sup>4</sup> La traducción al castellano es de José M. Álvarez Flórez y Ángela Pérez Gómez. Madrid: Alianza Editorial Literatura. El Libro de bolsillo, 2003, y la numeración entre paréntesis a ella se refiere.

<sup>5</sup> London: Penguin Books, 1972, p. 15. Todas las citas corresponderán a esta edición y la numeración entre paréntesis a ella se refiere.

inmersos en un mundo aislado que dificulta el conocimiento de la vida. En consecuencia, decide mantener con Maurice “una buena charla” (“*a good talk*”) a fin de hablarle del más masculino de los temas, el sexo: “Entonces, amablemente y con gran sencillez, le informó del misterio del sexo. Habló del varón y de la hembra, creados por Dios en el principio de los tiempos, con el fin de que la tierra pudiese poblarse, y del período en que el varón y la hembra reciben sus poderes sexuales. ‘Tú estás precisamente comenzando a hacerte un hombre ahora, Maurice, por eso te digo todo esto’” (22) (“*Then, very simply and kindly, he approached the mystery of sex. He spoke of male and female, created by God in the beginning in order that the earth might be peopled, and of the period when the male and female receive their powers. ‘You are just becoming a man now, Maurice. That is why I am telling you about this’*”) (18).

Y es que la situación en que se halla Maurice es ciertamente singular: tiene catorce años y nueve meses; su padre murió no hace mucho de una pulmonía; no tiene hermanos varones mayores, tan sólo dos hermanas, Ada y Kitty; no tiene tíos y, en casa, los únicos hombres son el chofer y el jardinero de su madre; en suma, ningún hombre en verdad cercano con quien poder mantener *a good talk* (15)<sup>6</sup>. Una vez terminado el curso, además, Maurice pasará unos meses con su madre, la cual, como tal y en el seno de la sociedad que Forster describe, es impensable que inicie a su hijo en un tema tan impropio del papel augusto, casto y paradójicamente virginal que le corresponde<sup>7</sup>. Mr. Abrahams ha aconsejado a Maurice que imite a su padre, pero le ha advertido sobre todo que no haga nada que pueda avergonzar a su madre en el caso de que le contemplara. Es evidente, pues, que maternidad y sexo son curiosamente temas antagónicos o, como sentencia Mr. Ducie: ‘No es una cosa que pueda decirte tu madre, y no debes mencionársela a ella ni a ninguna otra dama; y si en el nuevo colegio al que vas a ir, los muchachos te lo mencionan, hazles callar; diles que ya lo sabes’ (22) (“*It is not a thing that your mother can tell you, and you should not mention it to her nor to any lady, and if at your next school boys mention it to you, just shut them up; tell them you know*”) (18).

Merece la pena subrayar, a mi entender, hasta qué punto el puritanismo propio de la época Victoriano-Eduardina<sup>8</sup> ha hecho acto de presencia, puesto que, aunque el profesor haya decidido abordar el tema sexual, le habla en realidad de reproducción, no de deseo, placer, etc. Con un

---

<sup>6</sup> Sería imperdonable no señalar que las circunstancias personales de Maurice y del mismo Forster son bastante parecidas. Su padre moría de tuberculosis un año después de nacer él (1880), y se convertía así en hijo único rodeado de mujeres. En palabras de Gillie, se trataba de una “devoted mother with other female relatives eager to assume the role of motherhood when the opportunity offered (*op. cit.* p. 14)... his relation with his mother was always paramount, and probably it was over-intense” (p.16). Ahora bien, aunque haga mención de estas coincidencias y de otras que iré recordando, no querría dar la impresión de que creo en una novela básicamente autobiográfica; al contrario, estaría de acuerdo con Philip Gardner cuando escribe: “Though it chooses to emphasise the sexual psychology of its hero above other possible aspects of his life, Maurice is not thinly-disguised autobiography or wish-fulfilment but a created fictional world” (E. M. Forster. *Writers & Their Work*, nº 261. London, 1977, p. 29). Por otra parte, el mismo novelista confiesa en las “Notas sobre los tres hombres” que “in Maurice I tried to create a character who was completely unlike myself or what I supposed myself to be...”. Sin embargo, dado que esta afirmación debe de ser con seguridad excesiva, la prudencia en este tipo de apreciación es altamente aconsejable.

<sup>7</sup> Para una visión global del papel de la mujer en la época, véase por ejemplo: Hellerstein, E. O. *Victorian Women. A Documentary Account of Women's Life in 19th Century England, France and the United States*, Stanford, California: Stanford University Press 1981; Castero, S. P. *Substance or the Shadow: Images of Victorian Womanhood*, New Haven 1982 y Lewis, J. *Woman and Social Action in Victorian and Edwardian England*. Aldershot: Elgar, 1991.

<sup>8</sup> No quiero decir con ello que ésta sea la única visión posible de la época, sino que, en estos momentos, se enfatiza un determinado aspecto y por motivos muy concretos. Respecto de la época eduardina, véase, por ejemplo: Hynes, S. L. *The Edwardian Turn of Mind*, Oxford 1968; Priestley, J. B. *The Edwardians*, London 1970 y Read, D. *Edwardian England, 1901-15: Society and Politics*, London 1972.

diagrama sobre la arena pone a Maurice al corriente de las características de los órganos sexuales reproductores masculinos y femeninos, así como de su cópula, pero el hombre del que habla Ducie no es un hombre libidinoso y carnal, antes al contrario: “Habló del hombre ideal, casto y ascético. Dibujó la gloria de la mujer... Amar a una noble mujer, protegerla y servirla, esto, dijo al muchacho, era la coronación de la vida” (23) (“*He spoke of the ideal man- chaste with asceticism. He sketched the glory of Woman... to love a noble woman, to protect and serve her - this, he told the little boy, was the crown of life... it all hangs together-all-and God in his heaven. All's right with the world. Male and female! Ah wonderful!*”) (19).

Es imposible saber si este Maurice adolescente, que tal vez –o con seguridad- ha conocido ya el embate sexual de su propio cuerpo, comienza a sentir asco ante la perspectiva de un casi pecaminoso acoplamiento sexual con un ser noble, casto, puro, maternal, etc. con quien uno, pese a su capacidad reproductora, debería mantener lógicamente otro tipo de relaciones. Es imposible saberlo, pero Maurice apostilla enérgicamente: ‘*I think I shall not marry*’ (19). O habría que pensar quizá que, habiendo despertado hace poco al misterio del sexo y del placer, en estos momentos más exigente e inmediato que no otras reflexiones profundas, Maurice se ha sentido traicionado. Caminando, en efecto, por la orilla del mar, Mr. Ducie recuerda que ha dejado atrás aquellos dibujos comprometedores, sobre todo porque se acercan algunos paseantes. Angustiado, corre hacia ellos hasta que Maurice le tranquiliza diciéndole que la marea los borrarán. Lo dice, pero: “Y de pronto, durante un instante, el muchacho lo despreció. ‘mentiroso – pensó-. Mentiroso, cobarde, no me está diciendo nada’... Después, la oscuridad avanzó de nuevo, la oscuridad es primigenia pero no eterna, y produce su propia y dolorosa aurora” (24) (“*Suddenly, for an instant of time, the boy despised him. 'Liar', he thought. 'Liar, coward, he's told me nothing!'... Then darkness rolled up again, the darkness that is primeval but not eternal, and yields to its own painful dawn*”) (20).

Hasta aquí el capítulo primero. Por un lado y de acuerdo con el núcleo argumental de la novela, Forster ha sabido retratar magistralmente la sociedad de su tiempo, la misma que, llena de tabúes, prejuicios y miedos, ha condicionado y condiciona su propia existencia; una sociedad, en suma, que prefiere que los humanos guarden silencio sobre asuntos demasiado humanos y que, si por ventura llega a abordarlos, lo hace en círculos cerrados y con una gran prevención, envolviéndolos además de una aureola de castidad que traiciona su verdadera naturaleza<sup>9</sup>. El escritor no ha tenido tiempo aún de abordar la homosexualidad del protagonista excepción hecha de aquel premonitorio ‘*I think I shall not marry*’ (19). No obstante, querría citar ahora las palabras de James Bowen sobre la valoración que la sociedad Victoriana –la Eduardina continúa siendo en ciertos aspectos un apéndice- hizo de la sexualidad en general y de la homosexualidad en particular.

“Sex suddenly became unmentionable, and mid Victorians developed a superficial abhorrence not only of fornication, but also of masturbation and sodomy... a public abhorrence of any form of sexual activity outside the minimal orthodox requirements of marital procreation characterized Victorianism... the universal zeal to deny sex was reflected in the stream of literature... many volumes were written on the dangers of

---

<sup>9</sup> Sin olvidar la prudencia que antes aconsejaba, yo creo constatar en este caso un evidente paralelismo entre las vidas de Forster y Maurice. Fijémonos en que, antes de llegar a Cambridge y conocer el ámbito liberal en que se mueven Clive y sus amigos -The Apostles-, Maurice -Forster- abomina de la escuela anterior –Tonbridge en el caso del escritor- que, lejos de formar, deforma. Como señala C. Gillie (*op. cit.* p. 20): “What Tonbridge did for him was to change him from a volatile, beautiful, eloquent child into an awkward, diffident, repressed adolescent”.

seminal emission in any form”<sup>10</sup>.

Y, en relación a aquel espíritu griego por referencia al cual los hechos que Forster creará serán plenamente inteligibles, hay que reconocer que el escritor lo introduce de manera nítida y a la vez sutil, evitando la alusión expresa, pero aprovechando el estrecho paralelismo entre la educación antigua y la actual, entre la Atenas de Platón y la Inglaterra de principios del siglo XX. Una afirmación ésta que sin duda puede sorprender, si bien conviene advertir que, en realidad, acabamos de asistir a una ceremonia de iniciación, donde, como sucedía entre los griegos, el mayor introduce al menor en el mundo de la masculinidad plena poniéndole al corriente de los secretos que necesitará, tal como tenía lugar por ejemplo –salvando las distancias, claro está– en aquellos antiguos ritos iniciáticos de homosexualidad. Pienso principalmente en la institución pederástica creada para modelar desde muy pronto el carácter del adolescente. Éste, entre varones y siguiendo las enseñanzas de un pedagogo adulto –y también amante suyo, hubiera o no contacto sexual–, se incorporará poco a poco al mundo de los ciudadanos libres como esposo, padre y rector de una sociedad que ha sido pensada básicamente para los varones<sup>11</sup>. En el ámbito de una sociedad de rectores pederastas, los temas eróticos no son eludidos, antes bien tratados filosóficamente y con rigor, puesto que del amor pederástico depende la diestra conducción de los jóvenes –futuros ciudadanos– hacia la Virtud y el Bien. Las mujeres permanecen a su vez en casa, y allí, habitantes día tras día del gineceo, se las prepara para convertirse en esposas y madres reproductoras. Sin duda, los hombres las tienen en cuenta, ya que la especie debe continuar, pero entre marido y mujer difícilmente se crean lazos de estrecha camaradería, habida cuenta de que ni reciben la misma educación, ni tienen el mismo papel, ni las mismas responsabilidades. Marginadas por un *éros* pedagógico de valores masculinos que no quiere considerarlas verdaderas ciudadanas y compañeras, sólo pueden ofrecerse como seres sensuales capaces de garantizar la llegada de los hijos. Privadas de la virtud por su incapacidad intelectual –incapacidad para aprender una virtud masculinizada y excluyente, claro está–, no aportan verdadera amistad, sino el inestimable y femenino don de la maternidad o bien la sensualidad más cruda, a la búsqueda siempre de placeres corporales bajos que no tienen como norte forjar un carácter noble y virtuoso<sup>12</sup>. En cualquier caso, cumple admitir que el ideal de mujer que Forster ha dibujado representaría, como es usual en el marco de la Inglaterra Victoriano-Eduardina, la supresión en una persona de todo tipo de sensualidad. Siendo una copia ajustada de este preciado modelo, la madre de Maurice –así como las mujeres que él conoce– recibe respeto y veneración, pero indudablemente no es la persona con quien poder hablar, como amiga, de sensualidad, sexo y placer o, lo que es lo mismo, de todo lo terrenal antes que uránico o celestial.

El capítulo segundo presenta a Maurice en casa de su madre, cerca de Londres, para pasar allí sus vacaciones. Pronto será enviado al internado de segunda enseñanza, lo que le entristece un

---

<sup>10</sup> *Rediscovering Hellenism. The Hellenic Inheritance and the English Imagination*, edited by G.W. Clarke, Cambridge 1989, cap. 8: “Education, ideology and the ruling class: Hellenism and English public schools in the nineteenth century”, pp. 180-1.

<sup>11</sup> Para todas estas cuestiones, véase por ejemplo: Marrou, H. I. *Historia de la educación en la antigüedad*. Buenos Aires, 1976; Dover, K. J. *Greek homosexuality*. London 1978; Buffière, F. *Eros adolescent. La pédérastie dans la Grèce Antique*. Paris 1980 y Sergeant, B. *La homosexualidad en la mitología griega*. Barcelona 1986.

<sup>12</sup> Temas tratados ampliamente, por ejemplo, en *El Simposio* de Platón, *El Erótico* de Plutarco o los *Amores* de Luciano. Por otra parte, respecto de la concepción del matrimonio y del papel específico de la mujer en el seno de esta institución, resulta interesante la lectura del fragmento conservado del *Sobre el matrimonio* de Antipatro de Tarso, último representante de la Estoa Antigua (fr. 63, vol III de la edición de H.v. Arnim, *Stoicorum Veterum Fragmenta*, Stuttgart 1968, p. 254) y del cual el lector hallará una traducción castellana en mi artículo: “Mujer, matrimonio e hijos en el Estoicismo Antiguo bajo el amparo de Eros?”. *Emerita* LIII, fasc. 2 (1985) pp. 339-40.

poco, pero, de momento, todo es alegría. En medio de bienvenidas y múltiples deferencias, constata empero una ausencia, la de George, el jardinero de su madre, el cual, según algunos, ha marchado porque era demasiado mayor y, según otros, porque aspiraba a un puesto mejor. En estos momentos, las intenciones de Forster evidencian una gran coherencia con todo lo leído anteriormente. En efecto, en un mundo donde hombres y mujeres viven tan separados y tienen funciones tan diferentes, sólo los hombres son auténticos camaradas-amigos de otros hombres. Su madre y hermanas lo han festejado todo el día, pero, cuando Maurice se retira ya, “murmuró: “George, George’. ¿Quién era George? Nadie... sólo un simple criado. Mamá y Ada y Kitty eran mucho más importantes” (28) (“*He remembered George. Something stirred in the unfathomable depths of his heart. He whispered, 'George, George'. Who was George? Nobody - just a common servant. Mother and Ada and Kitty were far more important*”) (24).

Su madre y hermanas son naturalmente mucho más importantes, pero es fácil intuir que, pese al bajo rango social del joven George, Maurice sintió por él una estimación marcada por una complicidad lógica que lo separa irremediamente de quienes le son más cercanos por vínculos de sangre. O dicho de otro modo, la ausencia de George prefigura el vacío que Clive llenará un día, puesto que Maurice es ya –sea o no consciente de ello- el ejemplo actual de aquellos afectos masculinos, antiguos y griegos, donde la separación se vive como un tormento insoportable.

Maurice tiene en estos momentos dieciséis años (capítulo III) e, inmerso de nuevo en la atmósfera masculina de la escuela de segunda enseñanza –donde incluso hace bromas a los más jóvenes- recibe el impacto de una repentina y a veces dolorosa revelación: pese a la rudeza con la cual y en la cual los varones desarrollan su existencia, descubren al fin la necesidad imperiosa de ternura y amor. A veces luchan y rivalizan entre ellos; a veces modelan su carácter y personalidad preservándose del peligro disgregador de lo femenino, pero, antes o después, han de confesar que quieren entregarse a alguien, salir de sí mismos y complementarse. No obstante, aun sin poder romper este círculo cerrado, el amigo varón deviene forzosamente el “otro”, el igual-diferente a quien poder “amar” y con quien poder “compartir”. Maurice tiene dos sueños y ambos giran en torno a George:

“El segundo sueño es más difícil de describir. Nada sucedía. Sólo veía un rostro, confusamente, y confusamente oía una voz decirle: ‘Aquél es tu amigo’. Después se borraba todo, dejando en su interior un rastro de belleza y llenándole de ternura. Él podía morir por un amigo así, podía permitir que un amigo así muriese por él; harían cualquier sacrificio el uno por el otro, y nada contaba el mundo, ni la muerte ni la distancia ni las contrariedades, nada de esto podía separarlos, porque ‘éste es mi amigo’. Poco después recibió la confirmación e intentó persuadirse de que el amigo había de ser Cristo. Pero Cristo tenía barba. ¿Sería un dios griego tal como lo mostraban las ilustraciones del diccionario clásico? Era más probable, pero aún lo era más que fuese sólo un hombre. Maurice se abstuvo de definir más su sueño. Lo había insertado en la vida cuanto podía hacerse... Después reviviría el rostro y las cuatro palabras tras lo que emergía anhelante de ternura y lleno de deseos de ser amable con todos, porque su amigo lo deseaba, y era bueno que su amigo pudiese quererle aún más. Con toda esta felicidad iba mezclada una cierta desdicha. Tan pronto parecía que tenía un amigo como que no lo tenía, y así encontraba un solitario lugar para las lágrimas” (30).

*“The second dream is more difficult to convey. Nothing happened. He scarcely saw a face, scarcely heard a voice say, 'that is your friend', and then it was over, having filled him with beauty and taught him tenderness. He could die for such a friend, he would allow such a friend to die for him; they would make any sacrifice for each other, and count the world nothing, neither death nor distance nor crossness could part them, because 'this is my friend'. Soon afterwards he was confirmed and tried to persuade himself that the friend must be Christ. But Christ has a mangy beard. Was he a Greek*

*god, such as illustrates the classical dictionary? More probable, but most probably he was just a man... Then he would reimbibe the face and the four words, and would emerge yearning with tenderness and longing to be kind to everyone, because his friend wished it, and to be good that his friend might become more fond of him. Misery was somehow mixed up with all this happiness. It seemed as certain that he hadn't a friend as that he had one, and he would find a lonely place for tears” (26).*

Y, pese a todo, Forster pone el énfasis en dos rasgos fundamentales: a) El Maurice que desea crear literariamente es un ser sincero lleno de ternura y sensualidad. No abomina de las exigencias del sexo, antes al contrario, las experimenta irremediabilmente, si bien limitado por innumerables restricciones. b) El Maurice que nos describe denuncia la paradoja y la hipocresía de una sociedad que crea homosexualidad inconsciente o conscientemente, y que, incapaz de asumir el peso de su propia “monstruosidad” –pues así la llama-, incapaz de reflexionar serenamente sobre su propia responsabilidad, prefiere estigmatizar y buscar un culpable en quien descargarla:

“Tan pronto como su cuerpo se desarrolló, se hizo obsceno. Suponía que había caído sobre él alguna maldición especial, pero no podía evitarla, pues hasta cuando comulgaba surgían pensamientos sucios en su mente. El ambiente de la escuela era casto, aunque debemos decir que, justo antes de su llegada, se había producido un terrible escándalo. La oveja negra había sido expulsada, y los que quedaban estaban sometidos a una férrea disciplina durante todo el día y a vigilancia durante la noche, así que, para su suerte o su desgracia, tenía pocas oportunidades de intercambiar experiencias con sus discípulos. Sentía gran curiosidad por las cosas sucias, pero oía poco y contribuía menos, y sus indecencias más notables las hacía en solitario. Libros: la biblioteca del colegio era inmaculada, pero en la de su abuelo dio con un Marcial inexpurgado y anduvo dando traspies en él con las orejas coloradas. Pensamientos: tenía una pequeña colección de pensamientos sucios. Actos: desistió de ellos una vez que dejaron de ser novedad, hallando que le proporcionaban más fatiga que placer” (31).

*“As soon as his body developed he became obscene. He supposed some special curse had descended on him, but he could not help it, for even when receiving the Holy Communion filthy thoughts would arise in his mind. The tone of the school was pure -that is to say, just before his arrival there had been a terrific scandal. The black sheep had been expelled, the remainder were drilled hard all day and policed at night, so it was his fortune or misfortune to have little opportunity of exchanging experiences with his school-fellows. He longed for smut, but heard little and contributed less, and his chief indecencies were solitary. Books: the school library was immaculate, but while at his grandfather's he came across an unexpurgated Martial, and stumbled about in it with burning ears. Thoughts: he had a dirty little collection. Acts: he desisted from these after the novelty was over, finding that they brought him more fatigue than pleasure” (26-27).*

Pues bien, aunque Forster no ha mencionado aún de forma explícita *El Simposio* de Platón, nada nos impide dirigirnos a la fuente por excelencia, a aquel antiguo documento que describe como ningún otro la amistad y el deseo de entrega mutua de los enamorados. Maurice se siente capaz de morir por el otro y de hacer todo lo posible por complacerle; Fedro en *El Simposio* explica más o menos lo mismo: para un joven adolescente no hay bien mayor que un amante virtuoso y viceversa. Ni los padres, ni los honores ni, por descontado, la riqueza pueden garantizar como el amor que los une que ambos procuraran siempre no hacer nada de lo que pudieran avergonzarse. Fedro asegura incluso que la mejor ciudad o el mejor ejército sería el integrado por amantes y amados, ya que el deseo de emulación mutua eliminaría cualquier

motivo de deshonra. ‘... tan sólo los amantes quieren morir el uno por el otro’<sup>13</sup>. Naturalmente, hubo también hermosos ejemplos de valor femenino como el de Alceste, pero Fedro subraya el heroísmo de Aquiles al preferir la muerte a una vida larga con tal de vengar a su amante Patroclo. Por otro parte, si se quiere comparar aquella hipocresía denunciada por Forster con la actitud de los griegos, merece la pena leer por ejemplo el discurso de Pausanias del mismo *Simposio* (180-185c) con abundante información sobre las complicadas reglas del cortejo masculino, demostrándose así que, aun tratándose de una práctica admitida, no se ocultan sus peligros<sup>14</sup>. A nosotros, sin embargo, nos corresponde seguir los pasos de un Maurice que, pese a la sensación de caos que lo abruma, posee ya una personalidad claramente definida: “Todo lo que quedó del caos fueron los sentimientos de belleza y de ternura que él había sentido por primera vez en un sueño. Crecían anualmente, floreciendo como plantas que sólo dan hojas y no muestran ninguna señal de florecer” (32) (“*All that came out of the chaos were the two feelings of beauty and tenderness that he had first felt in a dream. They grew yearly, flourishing like plants that are all leaves and show no sign of flower*”) (27).

Precisamente el capítulo cuarto es altamente significativo en cuanto a los rasgos definidores de un carácter ya consolidado –y en el caso de Maurice, como se verá, irreversible. El novelista nos traslada ahora a la fiesta de final de curso, es decir, al adiós definitivo de Maurice a la enseñanza media antes del ingreso en Cambridge. Le han regalado la *History of Greece* de Grote<sup>15</sup> y, en el curso del encuentro, experimentará de nuevo una importante revelación. No hay duda de que Freud es ya la autoridad ineludible por referencia a la cual debe explicarse todo lo concerniente al sexo, de modo que Forster decide que el único amigo varón de la familia con quien Maurice se relaciona sea un médico. Él es quien, como era presumible, detecta muy pronto algo irregular en el joven de los Hall. Ha charlado un poco con él y le ha dicho que, después de Cambridge, le espera sin duda el trabajo y “*a pretty wife*” (P. 29). Un poco más tarde, Maurice se despide de la mujer de su maestro –una mujer muy bella y amable, por cierto- y, al partir, oye al

---

<sup>13</sup> Platón, *Simposio*, 180c -la traducción es mía siguiendo la edición de J. Burnet, *Platonis Opera*, vol. 2. Oxford: Clarendon Press, 1901, rpr. 1991; *idem* en el resto de citaciones del *Simposio*. Igual sentimiento hallamos en *El Erótico* de Plutarco, donde se comparan los amores pederástico y conyugal: ‘El hombre entregado a éros no tiene necesidad alguna de Ares para hacer frente a los enemigos. En efecto, contando con la ayuda de un dios propio, se apresura a cruzar fuego, mar y aire en defensa del amigo allí donde éste lo solicita. Cuando, en aquella tragedia de Sófocles, los hijos de Niobe han recibido ya el impacto de las flechas y les ronda ya la muerte, uno de ellos invoca el auxilio de su amante, pero rechaza cualquier otro defensor o aliado’ -760 D-E -la traducción es mía siguiendo la edición de R. Flacelière. *Plutarque. Dialogue sur L’Amour*. Paris: *Les Belles Lettres*, 1980; *idem* en el resto de citaciones del *Erótico*.

<sup>14</sup>Sobre esta cuestión, puede consultarse: Dover, K. J. *op. cit.* cap II, pp. 81-100.

<sup>15</sup> Hay que subrayar que Grote, autor igualmente de *Plato, and Other Companions of Socrates* (1865), es partidario de leer a Platón desde la óptica de la dialéctica negativa que descarta todo tipo de exposición autoritaria que piense en la verdad como algo ya descubierto y alcanzado. Tal como explica F. M. Turner: “Grote argued that Plato had no other purpose in the dialogues of search, which usually concluded in skepticism, new questions, or the simple admission of ignorance, than to illustrate the ameliorative, liberating power of the negative. Plato's method was his very method. The movement of testing, exercising, refuting, but not finding or providing constituted the primary weapons for ending the rule of King Nomos, or inherited customs, ideas, and prejudices”. Partidario de una verdad al alcance del hombre, una verdad creada por él y contraria a la Verdad Inmutable que mentes interesadas creían descubrir en el pensamiento platónico, proclama una *homo mensura* entendida como “the equal right of private judgement to each man for himself in determining what was right or wrong, true or false, wise or foolish” (*The Greek Heritage in Victorian Britain*, New Haven & London 1981, pp. 383 ss.). Naturalmente, no puede olvidarse en ningún caso que Maurice es justamente el personaje de la novela que, aun habiendo llegado más tarde que Clive a “posturas avanzadas”, defenderá finalmente su derecho a decidir sobre su vida, su manera de amar, etc. Cumple decir, pues, que el escritor sabe dar al joven Hall los instrumentos necesarios para un buen desarrollo intelectual, el único que le permitirá superar todo tipo de dificultades.

Dr. Barry:

“‘Bien Maurice; una juventud irresistible, tanto en el amor como en la guerra’. / ‘¿No sé lo que quiere decir, doctor Barry’. / ‘¡Oh vosotros los jóvenes! No se os derretiría la manteca en la boca en esta época. ¡No sabes lo que quiero decir! ¡Mojigaterías delante de unas faldas! Sé sincero, hombre, sé sincero. No engañas a nadie. Una mente sincera es una mente pura. Soy médico y viejo y por eso te digo esto. El hombre ha nacido de mujer y debe ir a la mujer si es que la raza humana ha de continuar existiendo’. Maurice miró fijamente a la esposa del profesor, que se alejaba, experimentando una violenta repulsión hacia ella, y enrojeció: se había acordado de los diagramas del señor Ducie” (35).

“‘*Well Maurice, a youth irresistible in love as in war', and caught his cynical glance. 'I don't know what you mean, Dr. Barry!' 'Oh, you young fellows! Butter wouldn't melt in your mouth these days. Don't know what I mean? Prudish of a petticoat! Be frank, man, bc frank. You don't Like anyone in. The frank mind's the pure mind. I'm a medical man and an old man and I tell you that. Man that is born of woman must go with woman if the human race is to continue?' Maurice stared after the house master's wife, underwent a violent repulsion from her and blushed crimson: he had remembered Mr. Ducie's diagrams*” (30)<sup>16</sup>.

El escritor describe lo que la ciencia de su tiempo considera una patología. El desenlace de la novela revelará, con todo, que Maurice no es un hombre incompleto que no “ha llegado a”, sino un hombre “entero” que reclama y ejerce el derecho a amar como sabe y desea hacerlo. De momento, sin embargo, Forster se emplea a fondo en explicar por qué las cosas son como son. En efecto, ¿cómo asumir el intercambio sexual con un ser lejano, noble, puro e intocable? ¿Cómo no sentir repugnancia ante la perspectiva de mantener una relación sexual –de la que se puede hablar limitadamente como si de una mácula se tratara- con un ser venerable? ¿Cómo no comprender que aquella mujer, bella y amable hace unos instantes, desde la perspectiva sexual, devenga repulsiva y rechazable? En suma, Maurice es el hijo lógico y previsible de una sociedad que no habla abiertamente de la dimensión sexual del ser humano y que dificulta una verdadera relación entre hombres y mujeres.

Pues bien –y pensando de nuevo en el mundo griego- querría señalar que nada de lo que hemos leído ahora es extraño al *Simposio*. Sorprende –aunque es así- que quienes más hablan de matrimonio, mujer y reproducción, es decir, la mayoría de la sociedad inglesa representada por el Dr. Barry, sean quienes mejor reproducen los argumentos de los pederastas antiguos, la mayor parte de los cuales –no lo olvidemos- se casaba. Comencemos, por ejemplo, por el discurso de Pausanias del *Simposio*, muy claro respecto del amor inspirado por la Afrodita Pandemos o amor vulgar. Cuantos son guiados por esta divinidad aman tanto a las mujeres –perpetuando así la especie- como a los adolescentes y, además, aman más sus cuerpos que sus almas<sup>17</sup>. Más tarde y a la sombra del mito de los tres géneros –más conocido como el mito del andrógino-, Aristófanes subraya que ‘cuantos son bisección de hombre, por su parte, persiguen lo que es masculino y, mientras son adolescentes, dado que son bisección de hombre, aman a los hombres y les place yacer con ellos y abrazarlos, y éstos son los niños y adolescentes mejores, puesto que son los más varoniles por naturaleza. Algunos dicen, aunque se equivocan, que son unos desvergonzados, ya que no lo hacen por desvergüenza, sino por coraje, valor, y virilidad, pues abrazan lo que es igual a ellos. Y he aquí una prueba definitiva. En efecto, cuando han acabado de crecer, sólo los de este tipo resultan viriles en la política. Y, cuando se han hecho hombres, son pederastas y no se inclinan de manera natural por el matrimonio o por tener hijos, sino que se

<sup>16</sup> Merece la pena recordar que la primera edición de los *Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie* data de 1905.

<sup>17</sup> 181 b

ven forzados a ello por la costumbre; bien al contrario, les basta con vivir los unos con los otros sin casarse'<sup>18</sup>.

Y, finalmente, ¿cómo olvidar aquel célebre parlamento de Diotima en que alude al deseo –tan humano- de perpetuarse, de immortalizarse? En este sentido, empero, no todo el mundo actúa de modo parecido, pues:

‘Así, pues, decía, quienes son fecundos según el cuerpo se inclinan por las mujeres y de esta manera son sus amantes, procurándose mediante el engendramiento de hijos, tal como creen, inmortalidad, recuerdo y felicidad para todo el futuro. En cambio, quienes son fecundos según el alma..., pues hay, afirmó, quienes engendran en las almas todavía más que en los cuerpos lo que conviene engendrar e infantar en el alma. ¿Y qué es, pues, lo que le conviene? El conocimiento y cualquier otra virtud’ (es decir, tienen hijos espirituales o discípulos virtuosos)<sup>19</sup>.

Ya sé que el Dr. Barry no llega obviamente tan lejos; pero fijémonos en que, pese a la alta valoración que una sociedad otorgue al matrimonio y a la maternidad, finalmente es la aceptación real de la mujer como un ser igual al hombre con sus mismos derechos y libre de cualquier marginación o desprecio lo que de verdad define las relaciones entre los sexos de una época. En este último caso, hablaremos de amor con propiedad; en cualquier otro, de algún tipo de sucedáneo. Las valoraciones pueden ser diferentes, pero es altamente significativo que este médico recuerde a Maurice la necesidad de reproducirse antes que la de amar, de compartir, de intercambiar. Tal vez obra así, porque, como los antiguos pederastas, ve a la mujer más como un ser reproductor que como una persona que ama y es digna de ser amada. No nos puede extrañar, por tanto, que Maurice, inglés pero no griego, y acostumbrado desde su infancia a reverenciar a su madre, pueda respetar a todas las mujeres, pero la sola idea de yacer con ellas no existiendo una relación confiada y natural con ellas termine por parecerle algo repulsivo de lo que piensa preservarse (*‘I think I shall not marry’*)<sup>20</sup>.

El capítulo quinto servirá primordialmente para poner en contacto Maurice y Risley. Con todo, y esta vez en el ámbito del *college* de Cambridge, las primeras experiencias continúan confirmando descubrimientos antiguos. Maurice ya había conocido la ternura y la amistad con George, el joven jardinero, pero ahora comprueba de nuevo que, pese a toda la rivalidad y confrontación consubstanciales a los ambientes masculinos: “los adultos se comportaban entre sí educadamente, amenos que hubiese una razón para lo contrario” (36) (*“grown-up men behave politely to one another unless there is a reason for the contrary”*) (31). Y, no obstante, se ha visto igualmente que la sociedad que le rodea prefiere silenciar, condenar y marginar a sus propios hijos: “Y ahora veía que no, que también ellos tenían su interior. ‘Pero, Señor, no un interior como el mío’. Tan pronto como empezó a pensar en que los demás eran reales, Maurice se hizo modesto y consciente del pecado: en toda la creación no podía haber nadie tan vil como él; no era ninguna maravilla, por tanto, que pretendiese ser un pedazo de cartón; si los demás supiesen cómo era realmente, le destrozarían” (37) (*“No they too had insides. ‘But, O Lord, not*

---

<sup>18</sup> 191e-192b.

<sup>19</sup> 208e-209.

<sup>20</sup> Con independencia de la distancia que el lector deberá adoptar respecto del texto que citaré, querría traer a colación las reflexiones del pederasta Protógenes en *El Erótico* de Plutarco, precisamente para dar fe de la brutalidad del “argumento reproductor” en determinados momentos de la historia occidental: ‘Estas cosas (el matrimonio y la unión de un hombre y una mujer), respondió Protógenes, en la medida en que son necesarias para la procreación, los legisladores hacen bien de elogiarlas y aplaudirlas ante el pueblo, pero nada de lo que se relaciona con el gineceo participa del éros verdadero. Yo no llamo amor a lo que vosotros sentís por las mujeres o las jóvenes, de la misma manera que las moscas no aman la leche ni las abejas la miel’ (750C).

*such an inside as mine'. As soon as he thought about other people as real, Maurice became modest and conscious of sin: in all creation there could be no one as vile as himself. No wonder he pretended to be a piece of card board; if known as he was, he would be hounded out of the world")* (32).

Es por ello que su encuentro con Risley, un joven presumido y vanidoso, en el curso de una reunión en las habitaciones del decano Mr. Cornwallis, es tan importante. Se trata de una persona entregada al uso libérrimo de la palabra, enemiga del silencio, justo lo que amordaza a Maurice y a toda una época. Ya en el capítulo sexto leemos:

“No le atraía en el sentido de quererlo por amigo, pero presentía que podía ayudarle. El cómo, no se lo formulaba... Pero aquella reacción pasó pronto y los deseos de verle se hicieron más fuertes que nunca. Puesto que Risley era tan excéntrico, ¿por qué no serlo él también y romper todas las convenciones yendo a visitarle?... Porque aquello se había transformado en una ventura. Aquel individuo que decía que uno debía ‘hablar, hablar’, había conmovido incomprensiblemente a Maurice” (41).

*“He was not attracted to the man (Risley) in the sense that he wanted him for a friend, but he did feel he might help him -how, he didn't formulate... he longed to see him more than ever. Since Risley was so odd, might he not be odd too, and break all the undergraduate conventions by calling?... For it had become an adventure. This man who said one ought to 'talk, talk' had stirred Maurice incomprehensibly”* (36).

‘Hablar, hablar’, en el país donde Lord Alfred Douglas, el amado de Oscar Wilde, escribió aquel famoso poema titulado *The Two Loves* y donde se podía leer: ‘I am the love that dare not speak its name’; hablar en el país donde el mismo Oscar Wilde fue procesado (1895). En consecuencia, Risley deviene emblemático del triunfo sobre el miedo, de lo que hay que hacer en Inglaterra, de lo que debería hacer él, de lo que hicieron los griegos al dialogar franca y filosóficamente sobre el *éros* masculino –pero me adelanto al texto, perdonad<sup>21</sup>.

Si el encuentro con Risley ha sido importante, el encuentro con Durham, con Clive, será vital. Lo halla en las habitaciones de Risley ordenando la *Sinfonía Patética* de Txaikovsky. La atmósfera, pues, ha sido creada con el cuidado de quien sitúa a Maurice en el reino de la palabra -Risley- y también de la expresión musical de una pasión innombrable. Durham es pequeño, sencillo, habla sin arrogancia y tiene una cara bonita. Tal vez Maurice no pueda explicar aún el porqué de los hechos, pero nada le impedirá cerrar los ojos –y la razón- a la verdad:

“Pero su corazón se había encendido para no apagarse nunca más, y al fin una cosa en él era real... Si le obligasen a preguntarse a sí mismo, ¿qué es todo esto?, habría respondido: ‘Durham es algo semejante a aquellos muchachos por los que me sentía interesado en el colegio’. Pero no estaba obligado a responder a nadie y se limitaba a continuar avanzando con su boca y su mente mudas. Los días iban deslizándose con sus contradicciones hacia el abismo... Ascender, extender una mano hacia la cima de la montaña hasta que otra la tomase, era el fin para el que había nacido” (47-8).

*“His heart had lit never to be quenched again, and one thing in him at least was real... If obliged to ask himself, ‘What's all this?’ He would have replied, ‘Durham is another of*

---

<sup>21</sup> Es el momento de recordar que el encuentro de Maurice con Risley y el descubrimiento de la necesidad y urgencia de la palabra evoca forzosamente la experiencia de Forster en el seno de los “Apostles”. Este grupo de conversadores es el motor que pone en movimiento la libertad intelectual que Forster tanto deseaba. Sin Cambridge esta libertad habría sido imposible, pero, a la vez, el Cambridge oficial deviene el blanco de un ataque ineludible. En palabras de Gillie (*op. cit.* p. 21): “The original name of the circle had been ‘Conversazione Society’ ... it was informal and yet very serious dialogue ... it maintained critical scepticism of all institutions”.

*those boys in whom I was interested at school', but he was obliged to ask nothing, and merely went ahead with his mouth and his mind shut. Each day with its contradictions slipped into the abyss... to ascend, to stretch a hand up the mountain side until a hand catches it, was the end for which he had been born" (41).*

Y, una vez más, oímos el eco de aquellos nobles amores entre hombres de los cuales hablaba el Fedro del *Simposio*, de los que habla en realidad todo el diálogo y que, más allá de las especiales circunstancias que los favorecieron, dotaron a Occidente de los términos definidores del amor pasión, del amor amistad, del amor altruismo, etc.<sup>22</sup>.

De ahora en adelante (capítulo VII), los dos amigos crean espontáneamente –ya hemos dicho que su mundo es “el mundo”- una intimidad que se manifiesta de manera diversa. En primer lugar, Forster no rehúye llamar la atención sobre una proximidad física deseada e inevitable: “Ahora paseaban cogidos del brazo o con las manos por los hombros. Siempre que se sentaban lo hacían en la misma posición: Maurice en una silla, y Durham a sus pies, apoyado en él. En el mundo de sus amigos esto no atrajo la atención de nadie” (52-3) (“*They walked arm in arm or arm around the shoulder now. When they sat it was nearly always in the same position -Maurice in a chair, and Durham at his feet, leaning against him. In the world of their friends this attracted no notice. Maurice would stroke Durham's hair*”) (46).

Quizá convendría citar ahora, como de costumbre, algún párrafo significativo del *Simposio*. No es fácil, pues son muchos los momentos en que se menciona este tipo de atmósfera. Valga como ejemplo, empero, el relato de Aristófanes explicando que aquellos antiguos seres dobles, con dos caras, cuatro piernas, etc., tan pronto como fueron seccionados en dos mitades como castigo por su arrogancia, sintieron un vacío que les urgía llenar cuanto antes: ‘Así, pues, después de que la naturaleza humana fue seccionada en dos partes, cada mitad, ya que añoraba la otra, se reunía con ella y, abrazándose y enlazándose los unos con los otros en su deseo de devenir un único ser, morían de hambre o de cualquier otra carencia por el hecho de no querer hacer nada los unos separadamente de los otros’<sup>23</sup> -no creo necesario señalar que Maurice y Clive se han descubierto precisamente como dos mitades complementarias. En segundo lugar, los dos amigos hablan, se explican sus secretos e intimidades, algunas de las cuales tienen, naturalmente, un gran relieve<sup>24</sup>. Forster muestra interés en presentarnos a un Clive más osado que Maurice. Durante las vacaciones de Navidad, en casa, hubo un cierto sobresalto porque no quiso comulgar. Sincerándose completamente con el amigo y compañero, le confiesa que no es religioso, que no es cristiano. Según él, sus dioses lo habrían castigado. Y es que Grecia ha dejado ya una huella indeleble en su personalidad. Maurice, en cambio, jamás haría nada que

---

<sup>22</sup> Se ha sugerido a menudo que la amistad entre Maurice y Clive podría reproducir en parte el afecto que unió a Forster y Meredith. Según P. Gardner (*op. cit.* pp. 8-9): “Among other things Cambridge revealed to Forster his homosexual nature: the Platonic relationship between Maurice Hall and Clive Durham is partly based on his love for his fellow H. O. Meredith, through whom in his final year Forster was elected to the eminent Cambridge debating society known as “the Apostles” , at some of whose meetings homosexuality was freely discussed”.

<sup>23</sup> 191b.

<sup>24</sup> Fuera cual fuese el grado y la naturaleza de la amistad que surgía entre los miembros de sociedades como “The Apostles”, lo cierto es que en el caso de Maurice-Forster -si aceptamos el paralelismo-, habría que hablar más de “afirmación” que de “complemento”. No me refiero ahora al pasaje del *Simposio* que acabamos de leer, sino a reflexiones del tipo: “For Forster, it was honesty and the relationships that mattered most in “the Apostles”... Brought up in a circle of adoring women, then alienated by the exclusively male environment of his schools, he found in Cambridge the experience of deep male friendships which complemented the female overbalance of his childhood” (Gillie, *op. cit.* p. 220). De hecho, si nos guiamos por el ejemplo de Maurice, en Cambridge se confirmaría lo que ya intuyó de adolescente a propósito de George. El problema puede estar no en el círculo de mujeres que lo rodeó, sino en el tipo de mujeres y de relación que mantuvo con ellas.

podiera molestar a su madre; cree en la Trinidad, en la Redención, etc. Ahora bien, los amigos se reconocen mutuamente como tales por su capacidad de intercambiar, de compartir, de manera que, al cabo de diez días, Maurice ya no comulga y, al cabo de tres semanas, deja de asistir a cualquier tipo de acto religioso<sup>25</sup>. Por qué? Por causa de la influencia de un Clive acostumbrado a otros dioses y a otras sensibilidades. Hacia el final de curso, mientras Maurice asistía a una clase de traducción en las habitaciones del decano, éste advirtió a uno de sus compañeros: ‘Omita eso: es una referencia al execrable vicio de los griegos’ (58) (*‘Omit: a reference to the unspeakable vice of the Greeks’*) (50). Clive lamenta semejante hipocresía; leer a los griegos significa según él leerlos sin restricciones, puesto que ‘los griegos, o la mayoría de ellos, sentían esa inclinación, y omitirlo es omitir la base de la sociedad ateniense’ (58) (*‘most of them, were that way inclined, and to omit it is to omit the mainstay of Athenian society’*) (50). La pregunta siguiente –es decir, la referencia a la principal fuente de inspiración de la novela –juntamente con el *Fedro*– no se hace esperar: ‘¿No has leído el *Symposium*?’ (58) (*‘Maurice, you’ve read the Symposium?’*) (50)<sup>26</sup>. Maurice, que llega a todo más tarde que Clive, pero que finalmente asumirá las exigencias de su especial naturaleza, le responde que no, aunque lo hará probablemente durante las próximas vacaciones<sup>27</sup>. Pues bien, como mínimo en su círculo reducido, el amor que no osa decir su nombre acaba de ser reivindicado y aquella obsesión por hablar y hablar de Risley forma parte ya de su comportamiento habitual. En efecto, “no se dijo más en aquella ocasión, pero él se sentía libre en otro campo, y en un campo, además, que nunca había mencionado a persona alguna. No se había dado cuenta de que podía mencionarse, y cuando Durham lo hizo, en medio del patio, a plena luz del día, sintió que un soplo de libertad le acariciaba” (59) (*“no more was said at the time, but he was free of another subject, and one that he had never mentioned to any living soul. He hadn't known it could be mentioned, and when Durham did so in the middle of the sunlit court a breath of liberty touched him”*) (50).

Se ha declarado la guerra –imposible no advertirlo–, y éstos son los bandos en liza: Paganismo *versus* Cristianismo, dioses *versus* Cristo, Platón *versus* Cristo, *Simposio versus Evangelio*, Atenas *versus* Cambridge-Inglaterra, libertad *versus* moral represiva, palabra *versus* silencio. Ganará Grecia?

Mientras tanto (capítulo VIII), Maurice intenta que toda su familia tome conciencia de que él

<sup>25</sup> No parece razonable rehuir la obligada referencia al tipo de liberalismo que Forster practicó, presente también en el grado que fuere en el carácter de Maurice. Se adivina inmediatamente que el liberalismo de Forster se centra sobre todo en la experiencia humana, un apartado que suele ser olvidado por políticos y sociólogos. John Colmer (*E. M. Forster. The Personal Voice*, Londres 1975, p. 7) lo explica así: “In the sceptical atmosphere of Cambridge Forster discarded religion... his faith in Christianity quietly and quickly disappeared. This was partly due to the influence of his closest friend, H. O. Meredith, but also to his almost total absence of any sense of sin and his dislike of the personality of Christ, who failed to provide him with a sufficiently attractive 'rather-figure, brother-figure, son, friend', and lacked both intellect and humour and much else that Forster valued”. Queda claro, pues, que en el reino del espíritu la libertad sin modelos prefijados en que basarse es vital.

<sup>26</sup> La traducción más conocida de los diálogos de Platón de la época es la de Benjamin Jowett, personaje del que hablaré más adelante, y que apareció primero en cuatro volúmenes y después en cinco en tres ediciones sucesivas (1871, 1875, 1892); sin embargo, en este momento sólo querría señalar que el debate vivo sobre Platón y su filosofía en Cambridge tiene ya tras sí una notable tradición. Efectivamente, Rowland Williams pronunció diversas conferencias sobre Platón y Aristóteles en el King's College desde 1843 a 1850, W. H. Thomson enseñó *El Fedro* en el Trinity College desde 1844, W. Whewel, distinguido filósofo de la ciencia, preparó diversos estudios sobre Platón para la Cambridge Philosophical Society, etc. Para más información, véase F. M. Turner (*op. cit.* pp.372 y ss.).

<sup>27</sup>También Forster fue introducido al mundo de los griegos. Su tutor en Lenguas Clásicas en Cambridge fue Nathaniel Wedd, pero hay que mencionar especialmente la influencia de Goldsworthy Lowes Dickinson, “the political scientist, Hellenophile and author of *The Greek Way of Life*”(P. Gardner, *Op. cit.* p. 8).

tiene un amigo. Pero, claro está, los otros no forman parte de este mundo pequeño y maravilloso en que Maurice vive, y el simple hecho de que su madre y hermanas no consigan aprenderse el apellido de Clive provoca que nazca en él un cierto rencor hacia ellas. Desde la perspectiva, por tanto, de dos mundos diferentes que se relacionan poco, el talante misógino innegable del *Simposio* y éste más disimulado pero en cualquier caso perceptible de Maurice –y también de Clive- resulta “comprensible”. Al fin y al cabo, sus madres respectivas no entienden el porqué de la particular postura intelectual de sus hijos; pertenecen a otro ámbito, y ello ocasiona que la madre de Maurice no pueda entender por qué se niega a comulgar por Pascua. Los dioses de Clive, la Grecia de Clive, parecen ganar de momento la partida. Ambos están alcanzando una gran compenetración, y aquella ternura tan suya, ¡y tan clásica!, se acentúa día tras día. Se escriben a menudo y “Maurice nunca las sacaba del bolsillo –las cartas de Clive- , cambiándolas de traje a traje y hasta metiéndolas en el pijama cuando se iba a la cama” (60) (“*Maurice never let them -Durham's letters- out of his pocket, changing them from suit to suit and even pinning them in his pyjamas when he went to bed*”) (52). Es obvio que, como los enamorados del *Simposio*, les basta con vivir juntos sin contraer matrimonio. No obstante, desafiar a la sociedad, su moral y sus costumbres es siempre tarea ardua y arriesgada, lo que lleva a Maurice –¡todavía!- a intentar una aproximación masculina a Miss Olcott, una amiga de la familia que los visita con frecuencia. Las incursiones, con todo, terminan en fracaso, ya que en él anidan otros sentimientos y, además, “ella advirtió que había algo que no era correcto” (62) (“*she knew something was wrong*”) (53). En suma, Maurice necesita una sociedad como la griega.

Sería inocente pensar que los dos amigos, viviendo el uno para el otro, no hallarán en su camino más obstáculos. Compenetrados más que nunca, sienten el uno la angustia del otro. Las vacaciones no han sido positivas (capítulo IX) y, en la habitación de Maurice, “se cogieron. Pronto estaban pecho contra pecho, la cabeza en el hombro, pero justo cuando sus mejillas se encontraban alguien llamó, ‘Hall’, desde el patio, y éste respondió; él siempre había respondido cuando le llamaban. Ambos se incorporaron bruscamente” (65) (“*they were lying breast against breast soon, head was on shoulder, but just as their cheeks met someone called 'Hall' from the court, and he answered*”) (55). De momento, han sido interrumpidos, pero Durham le espera y, antes de confesarle claramente su amor, quiere enmarcar tamaña osadía:

“Ya sé que has leído el *Symposium* en vacaciones?” / ‘¿Qué quieres decir?’ / ‘Que te amo’. / Maurice se escandalizó, se horrorizó. / ‘Durham, eres un inglés. Y yo otro. No digas necedades. No estoy ofendido, porque sé que no quieres decir eso, pero es la única cosa totalmente fuera de límite, como sabes; es el peor crimen de la lista, y nunca debes mencionarlo de nuevo’” (65).

“*I knew you read the Symposium in the vac’ / ‘How do you mean?’ / ‘I love you’/ Maurice was scandalized, horrified... ‘Durham, you’re an Englishman. I’m another. Don’t talk nonsense. I’m not offended, because I know you don’t mean it, but it’s the only subject absolutely beyond the limit as you know, it’s the worst crime in the calendar, and you must never mention it again’*”(p. 56).

Los impedimentos para alcanzar la felicidad están todavía en el subconsciente de Maurice. El peso de la educación recibida no le deja admitir lo que él, y no sólo Clive, también sabe, de manera que responde con la sensibilidad del represor y los valores de la moral represiva. La guerra continúa y en estos momentos la situación es la siguiente: Maurice *versus* Durham, Inglaterra *versus* Grecia, Cristianismo *versus* Platón-*Simposio*, escándalo y horror *versus* extroversión y sinceridad, silencio *versus* palabra. Perderá Grecia?

Forster lo ha preparado todo para el período de reflexión (capítulo X). Primero la fuerza irresistible de Clive se quiebra ante la recriminación inesperada de su amado amigo. Él también es sensible a los reproches que no vienen de mundo extraño y lejano alguno, sino de quien es su

complemento: ‘Estaría muy agradecido si no mencionases mi criminal morbosidad a nadie’ (66) (*I shall be obliged if you will not mention my criminal morbidity to anyone*) (57). En el futuro, no se verán sino es en presencia de otros. Clive lo tiene todo bien planeado y Grecia parece vencida, pero Maurice comprende muy pronto que los valores de Durham son los suyos porque son los únicos que le hacen libre. Después de la caída comienza el ascenso: “El “yo” que le habían enseñado a ocultar, comprendido al fin, redobló su poder y se hizo sobrehumano. Podría haber sido la alegría. Nuevos mundos se derrumbaron en él ante éste, y vio desde la inmensidad de su ruina qué éxtasis había perdido, qué comunión” (66) (*“the ‘I’ that he had been trained to obscure, and, realized at last, doubled its power and grew superhuman. For it might have been joy. New worlds broke loose in him at this, and he saw from the vastness of the ruin what ecstasy he had lost, what a communion”*) (57).

Vienen días de dolor insoportable, de lágrimas; pero, finalmente: “La claridad del día le rodeaba, estaba en pie sobre las cumbres que ensombrecen la juventud, y vio. La mayor parte del día permaneció sentado con los ojos cerrados, como si escrutase el valle que había abandonado. Era todo tan simple ahora” (68) (*“the brilliancy of day was around him, he stood upon the mountain range that overshadows youth, he saw ... most of the day he sat with open eyes, as if looking into the valley he had left. It was so plain now”*) (58).

Este despertar, esta conciencia de éxtasis y de alegría, esta luz y claridad se parecen mucho al proceso que Diotima describe en *El Simposio* y define como ningún otro la esencia del hombre platónico. El hombre debería dejarse impactar primeramente por la belleza de un cuerpo y comprobar después que la belleza de todos los cuerpos tienen un tronco común. Si procede así, en el futuro no podrá ya rendirse a la belleza de un único cuerpo, ni le bastará la belleza de un adolescente, un hombre o de una norma de conducta; antes bien, dirigirá su mirada hacia aquel inmenso “mar de la belleza”<sup>28</sup>. Engendrará entonces nobles, bellos y magníficos discursos filosóficos, hasta que, alzándose, atisbe la ciencia única de la Belleza, del Bien. Se trata de ascender, de contemplar, de alcanzar la visión de algo que es bello de un modo admirable. En suma, todo un juego de sombras y luces, de caídas y ascensos que ha marcado la sensibilidad occidental durante siglos. Se podrá objetar, naturalmente, que Maurice está todavía demasiado centrado en Clive como para poder captar la semántica profunda del discurso de Diotima, pero fijémonos en que, gracias a la maestría indudable del novelista, él también ha sabido ascender e ir más allá, evitando así en lo posible la dimensión particular de su drama:

“Se había alimentado de mentiras... Su primera resolución fue ser más cuidadoso en el futuro. Viviría con rectitud, no porque importase a nadie ya, sino por la rectitud misma. No volvería a mentirse así. No pretendería –y esta era la prueba- preocuparse por las mujeres, cuando el único sexo que le atraía era el suyo propio. Amaba a los hombres y siempre los había amado. Ansiaba abrazarlos, mezclar con el de ellos su ser. Ahora que había perdido al hombre que correspondía a su amor, admitía aquello” (68).

*“He had lied. He phrased it ‘been fed upon lies’, but lies are the natural food of boyhood, and he had eaten greedily. His first resolve was to be more careful in the future. He would live straight, not because it mattered to anyone now, but for the sake of the game. He would not deceive himself so much. He would not -and this was the test- pretend to care about women when the only sex that attracted him was his own. He loved men and always had loved them. He longed to embrace them and mingle his being with theirs. Now that the man who returned his love had been lost, he admitted this”* (58-59).

El capítulo once marca el final de la primera parte de la novela, o, lo que sería lo mismo, tras la reflexión llegan los hechos, la negación del silencio, la palabra: “Habiendo tardado tanto en

---

<sup>28</sup> 210-12.

descubrirlas, daba un gran valor a las palabras. ¿Por qué debía de sufrir y de causar sufrimiento a su amigo, cuando las palabras podían resolverlo todo?” (69) (“*He valued words highly, having so lately discovered them. Why should he suffer and cause his friend suffering, when words might put all right?*”) (60). ‘Hablar, hablar’, le había dicho en una ocasión Risley. En Inglaterra hay amores que no osan decir su nombre, pero ellos dos pertenecen a Grecia, a la libertad, a la palabra, al diálogo abierto sobre los secretos de *éros*: ‘Podías darme una oportunidad en lugar denegármela... Me refiero al *Symposium*, a los antiguos griegos’ (70) (“*You might give me a chance instead of avoiding me -I only want to discuss ... I mean the Symposium, like the ancient Greeks*”) (61). Ahora sí, bajo el amparo de aquella libertad antigua y después de un duro combate interior, las palabras clave pueden fluir sin dificultad: ‘Durham, yo te amo. Te amo, siempre te he amado... Siempre he sido como los griegos, y no lo sabía’ (71) (“*Durham, I love you... I do -I have always-... I have always been like the Grecks and didn't know*”) (62)<sup>29</sup>. Sin embargo y desgraciadamente para Maurice, ahora es Clive quien responde positivamente a la represión que lo ha asediado y asedia. Cree haber ofendido a su amigo y piensa que Maurice ha pronunciado estas dulces palabras sólo para consolarle. Inglaterra, una vez más, se resiste a reconocer la verdad.

## Segunda parte:

Hábil constructor donde los haya, el novelista se ocupa también de la configuración literaria – mediatísima- del personaje de Clive (segunda parte, capítulo XII). De nuevo la tensión entre Inglaterra y Grecia, entre Cristianismo-Biblia, por un lado, y Paganismo-Clasicismo y Diálogos de Platón, por el otro, devienen el instrumento idóneo con que definir la persona. Lejos de lo que podría haberse pensado en algún período de osadía, Clive es un ser atormentado que fluctúa entre la libertad descubierta en los textos del mundo griego antiguo y la represión que una educación pertinaz ha instalado en el corazón mismo de su personalidad. Profundamente religioso, desea complacer a Dios, pero el espíritu de Sodoma anida en él. Asceta hasta la mortificación, cae finalmente en una crisis grave, en cuyo desarrollo y de manera involuntaria se enamora de un primo suyo casado. Convencido de que no hay salvación para él, la Biblia le recuerda los horrores que le esperan. Abocado a la desesperación, la lectura de los clásicos parecía haberle redimido, ya que en *El Fedro* de Platón “vio delicadamente descrito su mal, tranquilamente, como una pasión que puede dirigirse, como cualquier otra, hacia el bien o hacia el mal” (74) (“*he saw his malady described exquisitely, calmly, as a passion which we can direct, like any other, towards good or bad*”) (67). Desde entonces, había sido prudente, pero sin renunciar al cultivo de “tiernos sentimientos hacia otros estudiantes” (75) (“*tender emotions for other undergraduates*”) (68). No obstante, Maurice significó un vuelco incontrolable, esto es, le empujó a no poner más barreras a su pasión y a experimentarla por primera vez como una fuente de armonía: “Una vez seguro de que Hall correspondía a su amor, dio rienda suelta a éste... El amor era armonioso, inmenso. Vertió en él toda la dignidad y toda la riqueza de su ser, y en aquella alma bien equilibrada los dos eran en realidad uno” (77) (“*Once certain that Hall loved him, he unloosed his own love... Love was harmonious, immense... and indeed in that well-tempered soul the two were one*”) (69-70). El novelista, por tanto, ha sabido transmitir con pocas frases la esencia del *Fedro* platónico. Sea en el discurso de Lisias<sup>30</sup>, sea en el de Sócrates<sup>31</sup> o en

<sup>29</sup> Para comprender el porqué de este interés por los griegos y no por los romanos aunque centrándose especialmente en época victoriana-, véase por ejemplo F. M. Turner, “Why the Greeks and not the Romans in Victorian Britain” en *Rediscovering Hellenism. The Hellenic Inheritance and the English Imagination*, edited by G. W. Clarke, cap. 4, pp. 61-83.

<sup>30</sup> 231-234c

<sup>31</sup> 237-241d

la famosa palinodia<sup>32</sup>, pronto se proclama la grandeza del amor noble, guiado más por la amistad que por el deseo, frente a aquel otro que busca primordial y preferentemente el goce de un cuerpo<sup>33</sup>. El buen amante, el enamorado respetuoso y respetable, aconseja y dirige al amado. Consciente de la sabiduría interior que le invade y que quiere transmitirle, lo guía hacia la Belleza-Bien, a quien rinde culto<sup>34</sup>. O, reproduciendo las palabras del *Fedro*: ‘Así, pues, si vencen las partes mejores de la mente después de conducirlos hacia una conducta ordenada y hacia la filosofía, en este mundo viven felices y en armonía, ya que son dueños de sí mismos una vez han sometido la parte en que había la maldad del alma, y liberado, en cambio, aquella en que moraba la virtud’<sup>35</sup>.

Sin embargo, Clive se halla ahora -recordémoslo - bajo el peso de la condena moral de su amigo, el único que, en un mundo que ya es tan sólo de los dos, puede herirle:

“Tan profundamente se había identificado Clive con el amado, que comenzó a abominar de sí mismo. Se derrumba toda su filosofía de la vida, y de sus ruinas renacía la conciencia de pecado, y recorría aullando sus pasillos interiores. Hall había dicho que él era un delincuente, y debía saberlo. Estaba condenado. No se atrevería más a hacerse amigo de un joven por miedo a corromperlo. ¿No había hecho que Hall perdiese su fe cristiana y no había atentado además contra su pureza? (77-8).

*“So deeply had Clive become one with the beloved that he began to loathe himself. His whole philosophy of life broke down, and the sense of sin was reborn in its ruins, and crawled along corridors. Hall had said he was a criminal, and must know. He was damned. He dared never be friends with a young man again, for fear of corrupting him. Had he not lost Hall his faith in Christianity and attempted his purity besides?” (70).*

Los remordimientos durarán tres semanas, hasta que Maurice entra de noche por la ventana de su habitación a fin de confesarle su amor. Finalmente y tras sus respectivas crisis, han llegado a ser ciudadanos griegos en medio de la puritana Inglaterra: “‘Maurice, te quiero’. / ‘Y yo a ti’. Se acariciaron, apenas sin desearlo. Después Maurice desapareció como había llegado, a través de la ventana” (78) (“‘Maurice, I love you’. ‘I you’. They kissed, scarcely wishing it. Then Maurice vanished as he had come, through the window) (71).

Huelga decir que esta puritana Inglaterra que Forster conoció no puede soportar la felicidad sin límites de los jóvenes amantes (capítulo XIII). Bien al contrario, las respetables instituciones académicas encargadas de su educación, aprovechando la circunstancia de que Maurice ha dejado de asistir a clase reiteradamente, optan por hacerla imposible (capítulo XIV). Maurice es expulsado y las autoridades universitarias parecen celebrarlo. Forster retoma ideas anteriores y hace mención una vez más del ambiente cerrado de los *colleges* que favorece las “amistades peligrosas”. En el seno de un mundo sin contraste, los hombres se encuentran a sí mismos, y sólo la hipocresía puede condenar la eclosión de una ternura inherente al género humano. Incluso el decano, artífice de la expulsión de Maurice: “Al señor Cornwallis siempre le resultaban

---

<sup>32</sup> 244-257

<sup>33</sup> 233

<sup>34</sup> 253c

<sup>35</sup> 256a-b. Respecto de la amistad entre hombres y la posibilidad de valorarla como algo noble y aceptable, confróntese todo lo que acabamos de leer con esta conocida tesis del *Simposio*: “Toda acción, en efecto, en sí misma no es ni bella ni fea, como por ejemplo, lo que nosotros hacemos ahora, beber, cantar o conversar. Ninguna de estas cosas es en sí bella, pero en el modo de realizarla, según se ejecute, resulta de una forma o de otra, pues si se efectúa bien y rectamente resulta bella y, en caso contrario, torpe. De la misma manera no todo amar ni todo Amor es bello ni digno de ser encomiado, sino sólo aquél que nos impulse a amar bellamente. Pues bien, el amor de Afrodita Pandemos verdaderamente es vulgar y obra al azar... En cambio, el de Afrodita Urania... está exenta de esta intemperancia (181a-c).

sospechosa aquellas amistades. No era natural que personas de caracteres y gustos distintos intimasen así, y aunque los universitarios, a diferencia de los colegiales, son oficialmente normales, los profesores ejercían una cierta vigilancia, y consideraban correcto acabar con un asunto amoroso cuando podían” (83) (“*always suspected such friendships. It was not natural that men of different characters and tastes should be intimate, and although undergraduates, unlike schoolboys, are officially normal, the dons exercised a certain amount of watchfulness, and felt it right to spoil a love affair when they could*”) (75). El novelista tiene sin duda una visión diferente de lo que es natural y justo.

Con todo, la expulsión de Maurice no consigue truncar la felicidad inmensa y total de los amigos (capítulos XV y XVI) y, al tiempo que presenta las pruebas, el escritor no rehuye la explicitación del fuerte componente misógino del amor platónico. En un primer momento, podría pensarse que se trata de una simple anécdota, pues tal vez no debería ser muy significativo que Maurice, en contra del parecer de su madre y hermanas, no quiera escribir al decano para presentarle sus excusas y llegue a asegurar con convicción: ‘hay muchas cosas que las chicas no ven’ (*‘little girls don't see a good deal’*) (77). Pero las sospechas se confirman cuando Clive, que acoge a Maurice en Penge, en plena ofensiva contra todo y contra todos, mantiene:

‘Soy un poco fuera de la ley, estoy de acuerdo, pero es lo que corresponde a estas personas. Desde el momento en que hablan del execrable vicio de los griegos, no pueden esperar juego limpio. Le está bien empleado a mi madre el que yo me deslice hasta aquí para besarte antes de cenar. Ella no tendría piedad si lo supiera. Ella no intentaría, no quería intentar entender que sienta por ti lo que Pippa por su enamorado, sólo que deforma mucho más noble, mucho más profunda, cuerpo y alma, no el vil medievalismo habitual; sólo una... una particular armonía de cuerpo y alma que no creo que las mujeres hayan imaginado nunca’ (93).

*‘I'm a bit of an outlaw, I grant, but it serves these people right. As long as they talk of the unspeakable vice of the Greeks they can't expect fair play. It served my mother right when I slipped up to kiss you before dinner. She would have no mercy if she knew, she wouldn't attempt, wouldn't want to attempt to understand that I feel to you as Pippa to her fiancé, only far nobly, far more deeply, body and soul, no starved medievalism of course, only a particular harmony of body and soul that I don't think women have even guessed. But you know’* (84).

Con independencia del hecho de que el mismo Forster podría no haberse distanciado de esta convicción, lo cierto es que, una vez más, aquella compenetración absoluta que Platón describía en la palinodia del *Fedro* -y que podemos seguir igualmente en las palabras de Diotima del *Simposio*<sup>36</sup>- surge con fuerza para convertirse en el arquetipo modélico por referencia al cual el amor perseguido y silenciado deviene noble y comprensible. Ahora bien, sería imperdonable no señalar que, si para los pederastas griegos ciertas compenetraciones cuerpo-alma no están al alcance de las mujeres, ello es debido a que las consideran seres primordialmente sensuales guiados por la fuerza del instinto y que, en consecuencia, no alcanzan el grado de amistad espiritual reservado a quienes en verdad comparten el uso del intelecto y la persecución de metas uránicas<sup>37</sup>. Piénsese tan sólo en la presencia de la mujer en el Cambridge que Forster conoció y

---

<sup>36</sup> 201-212b, sobre todo 209a-d.

<sup>37</sup> Piénsese que Plutarco (siglo I-II d. C.) dedicó su *Erótico* a censurar la antigua tradición pederástica, “gracias” a la cual términos como “amor”, “amistad” y “compañerismo” tenían una significación marcadamente masculina. Para él, sería absurdo creer que la sociedad puede ser armónica sin que todos los ciudadanos, hombres y mujeres, participen de un mundo común y se amen sin reservas. Las mujeres no son sólo reproductoras y sensuales, sino también inteligentes y nobles. Si el varón destruye el muro que no le ha permitido acceder a la “amiga”, descubrirá finalmente que gran parte de su historia

en el papel de la mujer-madre de los primeros capítulos, y el hecho de que los amigos se hayan despertado el uno al otro -‘Quizá nos despertamos mutuamente. De cualquier modo me agrada creerlo así’ (94) (*Perhaps we woke up one another. I like to think that anyway*) (85)- termina siendo el resultado lógico de un silogismo riguroso. Por lo demás, una vez que los seres humanos han descubierto el amor –sea cual fuere su naturaleza-, ¿quién puede en justicia acusarlos y perseguirlos por el hecho de rendírsele?

Ciertamente, la novela procura siempre que el estado de felicidad indescriptible de los protagonistas mida sus fuerzas con todo lo que podría suponer un obstáculo real. Maurice (capítulo XVII) piensa en los hijos que no tendrán y, pese a la prevención que siente ante la feminidad, debe admitir que tanto su madre como Mrs. Durham han transmitido vida, mientras que ellos están irremediabilmente condenados a la extinción. Clive tiene la réplica adecuada a este prejuicio: ‘Por qué hijos?’ –preguntaba- ‘¿Por qué siempre hijos? Para el amor, acabar donde comienza es mucho más bello, y la naturaleza lo sabe’ (100) (*Why children?’ he asked. Why always children? For love to end where it begins is far more beautiful, and Nature knows it*) (90). Y, como de costumbre, nos vienen a la memoria las palabras de Diótima explicando a Sócrates –me excuso por la reiteración parcial de dos textos conocidos, cuyo contenido creo necesario recordar ahora: ‘Así, pues, decía, quienes son fecundos según el cuerpo se inclinan por las mujeres y de esta manera son sus amantes, procurándose mediante el engendramiento de hijos, tal como creen, inmortalidad, recuerdo y felicidad para todo el futuro...’<sup>38</sup>. O aquellas otras del discurso de Aristófanes, según el cual: ‘cuando se han hecho hombres, son pederastas y no se inclinan de manera natural por el matrimonio o por tener hijos, sino que se ven forzados a ello por la costumbre; bien al contrario, les basta con vivir los unos con los otros sin casarse’<sup>39</sup>.

“Durante los dos años siguientes Maurice y Clive fueron los seres más felices de la tierra” (100) (*During the next two years Maurice and Clive had as much happiness as men under that star can expect*) (91) (capítulo XVIII). Y, continuando lo que apuntaba anteriormente: “Él educaba a Maurice, o más bien su espíritu educaba al de Maurice, para que fueran iguales. Ninguno de los dos pensaba: ‘¿Estoy dirigido? ¿Dirijo yo?’ . El amor había apartado a Clive de la trivialidad y a Maurice del desconcierto para que dos almas imperfectas pudiesen alcanzar la perfección” (101) (*Clive educated Maurice, or rather his spirit educated Maurice's spirit, for they themselves became equal. Neither thought ‘Am I led; am I leading?’ Love had caught him out of triviality and Maurice out of bewilderment in order that two imperfect souls might touch perfection*) (91).

Que ambas familias entren en contacto por causa de la amistad que une a sus hijos es lógico, aunque ellos piensen que sus madres respectivas no lograrán congeniar por el hecho de pertenecer a clases sociales diferentes (capítulo XIX). Forster lo aprovecha para insistir de nuevo

---

“particular” ha sido un despropósito. Por consiguiente, aunque Forster acude siempre a la referencia platónica, merece la pena examinar los argumentos de Protógenes en *El Erótico* de Plutarco o de Calicrátidas en *Los Amores* de Luciano para ver el alcance –tal vez inconsciente- de las palabras de Clive. Sobre estos temas, el lector hallará más información en mi artículo “Algunes reflexions crítiques al voltant de la lectura de Michel Foucault de l’*Amatorius* de Plutarco”, *Universitas Tarraconensis* XII (1988-89) 37-49. Y dispone igualmente de información general sobre la misoginia griega en otro artículo mío titulado “... ‘Però la dona ho esguerrà tot’. El *De opificio mundi* de Filó d’Alexandria (LIII-LXI), o els fonaments grecs d’una fita en la història de la misoginia occidental”, *Anuari de Filologia* XVIII (1990), Secció C, Número 1, 11-39.

<sup>38</sup> 208e-209.

<sup>39</sup> 192b. Quizá ha llegado el momento de precisar que la relación entre Clive y Maurice no es perfectamente equiparable a la de los pederastas antiguos, puesto que no hay entre ellos diferencia de edad. No obstante, fijémonos en que, por regla general, es Clive quien actúa como conductor y guía. Él inicia a Maurice, aunque se trata de un primer paso, pues, como hemos visto, hay conciencia de un descubrimiento compartido. Yo enfatizaría más bien el hecho de que Forster construye diestramente un Clive osado e iniciador que, paradójicamente, devendrá pequeño frente a la audacia final de Maurice.

en sugerencias anteriores: “Ambos eran misóginos, sobre todo Clive. Presa de sus temperamentos, no habían desarrollado la imaginación suficiente para someterse al deber y, con su amor, las mujeres se habían transformado en algo tan remoto como los caballos o los gatos. Todo lo que aquellas criaturas hacían resultaba estúpido” (102) (“*Both were misogynists, Clive specially. In the grip of their temperaments, they had not developed the imagination to do duty instead, and during their love women had become as remote as horses or cats; all that the creatures did seemed silly*”) (92).

Y, cuando todo parece avanzar por un camino de gozo irreversible, el novelista considera llegado el momento de la inflexión (capítulo XX). Finalmente, Inglaterra recuperará a uno de sus hijos. Clive no entiende por qué debería entrar en la vida pública, si los de la clase inferior están cansados de la clase acomodada y tan sólo quieren conseguir un hogar confortable. Se trata seguramente de una crisis profunda, puesto que, en medio de una cena con el pleno de la familia Hall, se desmaya. Maurice llama al médico y le explica que su amigo ha tenido una gripe de la que lo creían recuperado. Sea cual sea la causa real del trastorno de Clive, Jowitt, el médico, manda llamar a una enfermera para que le atienda. Maurice protesta, ya que, como amigo, debería ser él –y quiere ser él– quien asuma el cuidado del enfermo. No obstante, todo se ha precipitado y Clive conocerá al fin a la persona que ha de suponer la revisión total de su existencia: una enfermera, una mujer.

De nuevo en Penge (capítulo XXI), Clive recibe con frecuencia la visita de Maurice. Sin embargo, no acierta a reanimarlo y atisba la posibilidad de que la crisis sea grave. Lo más probable es que tenga que ver con el amor que los ha unido y definido, habida cuenta de que Clive piensa en Grecia como la única capaz de actuar de árbitro de su problema: “Decidió irse a Grecia. Ésta era la única cuestión en la que se mantenía firme. Iría, aunque fuese en el mes de septiembre, e iría solo. ‘Es algo que debo hacer’ –decía-. Es un voto. Todo bárbaro debe darle una oportunidad a la Acrópolis” (111) (“*He determined to go to Greece. ‘It must be done’, he said... Every barbarian must give the Acropolis its chance once*”) (99). Grecia, empero, no puede considerar un bárbaro a Clive; no puede hacerlo si continúa todavía bajo el manto del amor prohibido que ella magnificó. Es Maurice quien de hecho cae en la cuenta de que no es la Grecia física quien les ha amparado, sino un sentimiento antiguo y eterno que, en todo caso, conviene vivir allí donde los amantes lo descubren: “Maurice no tenía ningún interés en ir a Grecia. Su interés por los clásicos había sido superficial y obscuro, y se había desvanecido en cuanto se enamoró de Clive. Las historias de Harmodio y Aristogitón, de Fedro y del Batallón Sagrado de Tebas, estaban bien para los que tenían vacíos sus corazones, pero no podían sustituir a la vida” (111) (“*Maurice had no use for Greece... The stories of Harmodius and Aristogeiton, of Phaedrus, of the Theban Band were well enough for those whose hearts were empty, but no substitute for life*”<sup>40</sup>) (99).

Y es que Clive, aunque el grado de sensualidad al que ha llegado con Maurice no haya sido total, se parece cada vez más al Sócrates del final del *Simposio* cuando desprecia la belleza de Alcibiades para entregarse a la ciencia no-sensual de la Belleza-Bien, más necesitada de alumnos aplicados que de seres hermosos<sup>41</sup>: ‘¡Ojalá nunca nos hubiésemos hecho amantes! Porque entonces, Maurice, tú y yo habríamos descansado en silencio y completamente en paz’ (114) (“*Would that we had never been lovers! For then, Maurice, you and I should have lain still and been quiet*”) (101). En estas circunstancias, Clive no puede comprender siquiera por qué Maurice

---

<sup>40</sup> Se trata de historias emblemáticas que se hallan ineludiblemente en *El Simposio* de Platón (182c) y en *El Erótico* de Plutarco (760C y 770C).

<sup>41</sup> Probablemente, la mejor manera de comprender el alcance de esta última afirmación sea el análisis de lo que se ha considerado el hijo tardío del *éros* platónico, es decir, el *éros* estoico. En este sentido, resulta imprescindible la lectura de Plutarco, *De com. not.* 1073 B y C. Toda esta cuestión la desarrollo en “Amor platónico / amor estoico, principio y final de una evolución”. *Anuario de Filología* 10 (1984), 27-37, y en el estudio preliminar de mi traducción del *Erótico*. Barcelona: PPU, 1991.

se preocupa todavía por él: “¿Mi belleza?” –dijo Clive cínicamente-. ‘Estos encantos un tanto marchitos. Se me está cayendo el pelo, ¿te has dado cuenta?’” (114) (“*My beauty?’ said Clive cynically. ‘These somewhat faded charms. My hair is falling out. Are you aware?’*”) (102). A lo que parece, pues, el amor platónico con sus propias crisis y Clive se identifican.

En todo caso, Clive se halla ahora en Grecia (capítulo XXII); le ha dado la oportunidad que todo bárbaro debe concederle, pero, con el alma y el corazón vacíos del sentimiento amoroso griego, el esfuerzo resulta vano. Tiempo ha, tuvo a Grecia interiorizada –o, como mínimo, así lo creía-, y en la misma Inglaterra. Un desplazamiento de miles de kilómetros no ha podido impedir que su nueva verdad se imponga: “Sólo vio una última luz moribunda y una tierra muerta. No murmuró ninguna oración, y no creía en ninguna deidad y sabía que el pasado estaba tan vacío de significado como el presente, y era un refugio para los cobardes” (117) (“*He saw only dying light and a dead land. He uttered no prayer, believed in no deity and knew that the past was devoid of meaning like the present, and a refuge, for cowards*”) (104). Maurice debe leer, por tanto, su gran confesión: “Contra mi voluntad, me he hecho normal. No puedo evitarlo”. Las palabras estaban ya escritas” (117) (“*Against my will I have become normal. I cannot help it*”) (104). Naturalmente, cuando Maurice recibe la misiva portadora de una noticia tan sorprendente como inesperada (capítulo XXIII), imagina que su amigo está verdaderamente enfermo –desde la particularidad, la generalidad puede resultar incluso grotesca-, pero Clive ha dejado de amarle y está decidido a decirselo claramente.

Los pederastas griegos son conscientes de la sensualidad femenina –aunque a veces huyan históricamente de ella-, pero aceptan en cualquier caso la función reproductora de la mujer. En este sentido, la especificidad inglesa es innegable. En efecto, además de abominar de la sexualidad, la sociedad de Forster reviste a la mujer, como señalé ya, de una aureola de pureza maternal. De repente, Clive descubre lo que le había sido negado. Durante la enfermedad (capítulo XXIV), “él advirtió lo encantadora que era su enfermera y disfrutaba obediéndola... ¡Con que poco había pasado él durante veinticuatro años! Charlaba con su enfermera, y la sentía suya para siempre” (119) (“*he noticed how charming his nurse was and enjoyed obeying her... On how little had he existed for twenty-four years! He chatted to his nurse, and left her his for ever*”) (100). Aunque parezca increíble, el cambio de Clive no es una conversión, sino el descubrimiento propio de quien ha vivido siempre en un círculo cerrado y artificial<sup>42</sup>. Hay una lucha interior verdadera que James Ivory omitió en su adaptación cinematográfica, pero que tiene sentido en el seno de una sociedad escindida en dos ámbitos que a duras penas logran comunicarse satisfactoriamente: “Clive no se dejó arrastrar por el espíritu vital sin lucha. Él creía en el intelecto e intentaba considerarse aún en el viejo estado. Apartaba sus ojos de las mujeres, y cuando esto fracasaba adoptaba actitudes infantiles y violentas. Una de ellas fue la visita a Grecia” (120) (“*Clive did not give into the life spirit without a struggle. He believed in the intellect and tried to think himself back into the old state. He averted his eyes from women, and*

---

<sup>42</sup> Merece la pena subrayar que nadie tiene derecho –y menos aún un filólogo- a rehuir la palabra escrita. Desde la mentalidad actual, desde las reivindicaciones homosexuales, desde la lógica de la mayor aceptación del fenómeno homófilo, puede ser que la actitud de Clive sea más inteligible a la luz del miedo –como hizo James Ivory en su adaptación cinematográfica- pero ello implica traicionar el texto. No olvido que en las “Notas sobre los tres hombres”, Forster dice: “If Maurice is Suburbia Clive is Cambridge... He believed in platonic restraint and induced Maurice to acquiesce... Consequently the relationship lasts for three years -precarious, idealistic and peculiarly English: what Italian boy would have put up with it? -still it lasts until Clive ends it by turning to women and sending Maurice back to prison. Henceforward Clive deteriorates, and so perhaps does my treatment of him” (p. 218). Pero es el mismo novelista quien, respecto de la creación del Clive posterior a la ruptura, escribe: “It may be unfair on Clive who intends no evil and who feels the last flick of my whip in the final chapter, when he discovers that his old Cambridge friend has relapsed inside Penge itself, and with a gamekeeper” (p. 219).

*when that failed adopted childish and violent expedients. The one was this visit to Greece*) (107).

La segunda parte (capítulo XXV) no podía sino terminar con el triunfo parcial de Inglaterra o, lo que es lo mismo, con la ruptura definitiva de los amantes. Forster se centra en las reflexiones de Clive y para ello continúa sirviéndose de las coordenadas que tan útiles le han sido: “Grecia había sido luminosa, pero muerta. Le gustaba la atmósfera del norte, cuyo mensaje no es verdad, sino compromiso. Él y su amigo acordarían algo que incluiría a las mujeres. Más tristes y más viejos, pero sin crisis, se deslizarían en una relación, como el ocaso en la noche. Le gustó también la noche. Poseía gracia y calma” (121) (“*Greece had been clear but dead. He liked the atmosphere of the North, whose gospel is not truth but compromise. He and his friend would arrange something that should include women. Sadder and older, but without a crisis, they would slip into a relation, as evening into night*”) (108).

La situación ha sufrido un vuelco total, ya que de nuevo tenemos: Inglaterra *versus* Grecia, *Evangelio versus* diálogos de Platón, compromiso *versus* verdad y, lo que es más significativo aún, la aceptación de una cierta vejez y tristeza a cambio de evitar todo tipo de crisis y de mantener una amistad en que la mujeres tendrán su papel. Clive, como también los griegos - Sócrates sería el caso emblemático-, ha llegado también a la amistad masculina no sensual, la única que de verdad pudo asumir el Platón maduro.

Esta nueva meta, además, implica descubrimiento, ya que la asfixiante presencia del varón no le había permitido captar el encanto femenino; ahora, en cambio, percibe la naturaleza absurda de la misoginia: “Todos rieron. Y era evidente que las tres mujeres se querían entre sí. Clive vio relaciones que no había sospechado, pues con la ausencia del hombre de la casa ellas se abrían... Cuando hablaba con su madre y su hermana, hasta Kitty era bella, y Clive decidió reñir a Maurice por su actitud hacia ella” (123) (“*All laughed. The three women were evidently fond of one another. Clive saw relations that he had not guessed, for they were expanding in the absence of their man... when talking to her mother and sister, even Kitty had beauty, and he determined to rebuke Maurice about her*”) (109-110).

En un primer momento, podría pensarse que Clive se deja impactar simplemente por la sensualidad femenina, puesto que Forster acentúa la corporeidad de Ada, pero entre ellos dos ha nacido en verdad una camaradería real: (Clive a Ada): ‘¡No sabe tanto como tú! Te he dicho a ti más que a nadie’ (125) (*‘No one knows as much as you! I’ve told you more than anyone’*) (111). En cualquier caso, Clive ha venido para hablar con Maurice e intuimos ya cuáles van a ser sus palabras: ‘Me he hecho normal... como los otros hombres. No sé por qué, lo mismo que no sé cómo nací. Es algo que queda al margen de la razón, y que es contrario a mis deseos. Pregúntame todo lo que quieras. He venido aquí para contestar a todas tus preguntas, pues no podía entrar en detalles en mi carta. Pero escribí la carta porque lo que en ella decía era verdad’ (127) (*‘I have become normal -like other men, I don’t know how, any more than I know how I was born. It is outside reason, it is against my wish... I’ve changed... But I’ve changed, I’ve changed... Oh, for God’s sake, Maurice, hold your tongue. If I love anyone it’s Ada... I take her at random as an example’*) (112-113).

Maurice percibe a su vez que ha perdido irremisiblemente al amigo, pues, en caso contrario, habría hablado con él en lugar de enfrentarse solo a la crisis: ‘Uno no debe mantener cosas en secreto; si no, es mucho peor. Uno tiene que hablar, hablar, hablar... Si es que uno tiene algo que decir, como tú y yo tenemos’ (128) (*‘One oughtn’t to keep secrets, or they get worse. One ought to talk, talk, talk -provided one has someone to talk to, as you and I have’*) (113). Maurice sitúa todavía a su amigo en la atmósfera opresiva del amor que no osa decir su nombre, y hace alusión, además, al miedo: ‘Deberías habérmelo dicho. ¿Para que estoy aquí yo, si no? ¿En quién podrías confiar si no? Tú y yo estamos fuera de la ley. Todo esto –señaló el lujo burgués de la habitación en que se hallaban- nos sería arrebatado si la gente supiera’ (128) (*‘You ought to have told me. What else am I here for? You can’t trust anyone else. You and I are outlaws. All this... would be*

*taken from us if people knew*) (113). Pero Clive se mueve ya, como he sugerido, en el terreno del Sócrates del final del *Simposio* o, en todo caso, del amor platónico que el Occidente cristianizado adoptó: (Clive a Maurice) ‘El carácter... el lazo real que une a los seres humanos. Tú no puedes edificar una casa sobre la arena, y la pasión es arena. Necesitamos un lecho de roca’ (130) (*‘It’s character, not passion, that is the real bond... you can’t build a house on the sand and passion’s sand. We want bed rock’*) (114). Finalmente, los dos amigos se pelean, porque en plena discusión Maurice quiere involucrar a Ada y Clive no lo permite. El último de sus contactos físicos queda marcado por la hostilidad. Clive lo lamenta, pero, en realidad, acaba de nacer: “¡Qué final!”. Pero a él se le prometía una aurora. El amor de las mujeres surgiría tan seguro como el sol” (131) (*“‘What an ending!’ but he was promised a dawn. The love of women would rise as certainly as the sun”*) (115). Inglaterra ha recuperado, pues, a uno de sus hijos y Grecia lo ha perdido irremisiblemente.

La soledad, como cuando era un niño, define de nuevo a Maurice (tercera parte, capítulos XXVI-XXVIII), esta vez incrementada por el hecho de no basarse en el desconocimiento del otro, sino en la pérdida del tesoro único. Ha llegado el momento de la reflexión negativa: “Era un proscrito disfrazado. Quizá entre los que antaño se refugiaban en el bosque hubiera dos hombres como él –dos... a veces albergaba este sueño-. Dos hombres pueden derrotar al mundo” (135) (*“He was an outlaw in disguise. Perhaps among those who took to the green wood in old time there had been two men like himself -two. At times he entertained the dream. Two men can defy the world... Yes: the heart of his agony would be loneliness”*) (120).

El capítulo XXI presentaba a un Maurice capaz de vivir su propia historia y de despreciar, por inútiles, *antiqua exempla* de sólidas amistades como la de Harmodio y Aristogitón, los célebres tiranicidas de Hiparco, hijo de Pisistrato, en el 514 a.C. Ahora, en cambio, es probable que los idealice, e intuimos que Forster podría tener muy presente, aunque no la explicita, aquella conocida tesis del Fedro del *Simposio*: “Así, pues, si hubiera el modo de que existiera una ciudad o un ejército compuesto de amantes y de amados, no habría mejor administración de los asuntos propios que alejándose de todo lo que es vergonzoso, el uno intentando emular al otro, y luchando juntos, a pesar de ser pocos, vencerían, por decirlo así, a todos los hombres”<sup>43</sup>.

La soledad abrumadora que domina a Maurice deviene total cuando Clive anuncia su compromiso matrimonial a los Hall (capítulo XXIX). Paradójicamente, Clive conoció a Anne Woods en Grecia, la patria del amor masculino hacia donde se dirigió para darle una última oportunidad. Por un momento, Maurice se siente libre para iniciar un nuevo amor y, con ocasión de la estancia en su casa de un sobrino del Dr. Barry, Dickie, siente de nuevo una emoción que se convierte rápidamente en necesidad física. Sin embargo, pronto se arrepiente y se autoconsidera un corrupto. Se consuela pensando que ha sido un episodio de pura lascivia, más fácil de vencer que el amor (capítulo XXX), y decide adoptar más que nunca aquel aire y aquella actitud característicos del buen inglés. Quizá parezca insuficiente, pero Forster está creando el Maurice contradictorio que, pese a todo y cuando llegue el momento oportuno, proclamará la imposibilidad de confundir el amor físico con la simple lascivia, esto es, reconducirá a Platón –y al platonismo- hacia su fuente originaria.

Por lo demás, la novela fue escrita entre 1913 y 1914, lo que significa que era imposible sustraerse a la influencia de las teorías de Freud sobre el sexo y la homosexualidad. Decidido a consultar a un médico (capítulo XXXI), Maurice piensa primero en Jowitt. Hablando con él, le pregunta intencionadamente si no se ha encontrado alguna vez con alguno del tipo Oscar Wilde. Jowitt le responde que esto es cosa de manicomios, de manera que Maurice vuelve a constatar que la civilización prefiere callar cuando se trata de él o de tantos otros como él. ‘Soy de los del tipo Oscar Wilde de los que no se puede hablar’ (*I’m an unspeakable of the Oscar Wilde sort*) (139), dirá después al Dr. Barry, a quien acude finalmente como médico amigo de la familia.

---

<sup>43</sup> 178e-179. Cf. Plutarco, *El Erótico* 761C.

Éste le ha asegurado que su organismo es completamente normal, pero el joven Hall no quería evitar la referencia al arquetipo definidor de su condición. La respuesta ha sido, como siempre, una pasión civilizada por el silencio: ‘No vuelvas a hablar de eso. No... No quiero hablar de ese asunto. No hablaré’ (157) (*No –I’ll not discuss. I’ll not discuss. The worst thing I could do for you is to discuss it*) (139). Huérfano de palabra y de diálogo, sólo hay lugar para la constatación y no para la etiología: ‘He sido así desde que puedo recordar, sin saber por qué. ¿De qué se trata? ¿Estoy enfermo? Si lo estoy, quiero curarme, no puedo soportar más la soledad’ (157) (*I’ve been like this ever since I can remember without knowing why. What is it? Am I diseased? If I am, I want to be cured, I can’t put up with the loneliness anymore*) (139). Y todavía otra coordinada con la que poder definirse: la *Sinfonía Patética* de Txaikovsky dedicada a un sobrino de quien el músico se enamoró. La escucha en un concierto y, a raíz del interés por la historia del matrimonio desgraciado del compositor, toma conciencia –o la aumenta- de los peligros que le acechan. Debe actuar y Maurice decide probar las posibilidades del hipnotismo.

Si se me permite una pequeña digresión, querría señalar hasta qué punto resulta coherente que se descarte ahora cualquier referencia al mundo clásico y se opte, en cambio, por otros parámetros. Aparece de nuevo la cuestión de la homosexualidad congénita y, aunque incipiente, la ciencia sexual forma parte ya de las mentes cultas. El mito antiguo sobre la primitiva naturaleza del hombre y de los tres géneros –más conocido como el mito del andrógino<sup>44</sup> - no tiene cabida en una novela que, como hemos visto, intenta explicarlo todo mediante el uso de la razón. Es cierto que la ciencia fracasará con Maurice y que no podrá explicar satisfactoriamente su personalidad, pero ello demostraría en último término que Forster reserva un espacio a la libre voluntad de su personaje principal evitando así entregarle a un destino inexorable. Por el contrario, si hubiera hecho mención –en la forma que fuere- de aquel antiguo género doblemente masculino que, una vez seccionado por Zeus, se siente impelido a restaurar su antigua unidad, la osadía y firme decisión del Maurice del final de la novela habría quedado claramente desdibujada.

Si Maurice vive en el silencio y lucha por salir de él, Clive vive también otro silencio muy propio de la época, del país y del tipo de valores que promueve (capítulo XXXIII). Las palabras de Forster son harto elocuentes e inciden una vez más en el imperfecto encuentro –patético incluso- de hombres y mujeres cuando se ha trabajado, y mucho, por dividir la humanidad en dos bandos opuestos:

“Cuando llegó a la habitación de ella después de la boda, ella no sabía lo que él quería. Pese a una esmerada educación, nadie le había hablado del sexo. Clive fue tan considerado como pudo, pero la asustó terriblemente, y quedó con la sensación de que le odiaba. No era así. Ella le recibió de buena gana las noches siguientes. Pero siempre sin hablar una palabra. Se unían en un mundo que no guardaba ninguna relación con lo cotidiano, y este secreto arrastró tras sí gran parte de sus vidas. Y aquello no podía mencionarse. Él jamás la vio desnuda, ni ella a él. Ignoraban el proceso reproductivo y las funciones digestivas. Así que nunca se planteó la cuestión de aquel episodio anterior a su madurez. No era mencionable... El secreto se ajustaba a él... el acto sexual en concreto la parecía falta de imaginación y propio de la oscuridad de la noche. Entre hombres era algo inexcusable; entre mujer y hombre debía practicarse, puesto que la naturaleza y la sociedad lo aprobaban, pero jamás hablar de ello ni cacarearlo. Su ideal de matrimonio era equilibrado y grácil, como todos sus ideales, y encontraba en Anne una compañera adecuada, refinada también, y que admiraba el refinamiento en los demás. Se amaban tiernamente entre sí. Bellas convenciones los recibían, mientras al otro lado de la barrera

---

<sup>44</sup> 189d-193a.

erraba Maurice, con las malas palabras en sus labios, y los malos deseos en su corazón, abrazando el aire” (162-3).

*“When he arrived in her room after marriage, she did not know what he wanted. Despite an elaborate education, no one had told her about sex. Clive was as considerate as possible, but he scared her terribly, and left her feeling she hated him. She did not. She welcomed him on future nights. But it was always without a word. They united in a world that bore no reference to the daily, and this secrecy drew after it much else of their lives. So much could never be mentioned. He never saw her naked, nor she him. They ignored the reproductive and the digestive functions So there would never be any question of this episode of his immaturity... It was unmentionable... The actual deed of sex seemed to him unimaginative and best veiled in night. Between men it is inexcusable, between man and woman it may be practised since nature and society approve, but never discussed nor vaunted. His ideal of marriage was temperate and graceful, like his old ideals, and he found a fit helpmate in Anne, who had refinement herself, and admired it in others. They loved each other tenderly” (144).*

El capítulo XXXIV nos presenta a Maurice visitando a los esposos en Penge. Forster tiene la intención de hacerle caer en alguna trampa significativa en relación a su futuro feliz con Alec, el guardabosques de Penge. Anne lo pone al corriente de la actividad de Clive en favor de los pobres. Maurice reconoce que hay que ayudarles por el interés general del país, pero ‘no sufren lo que nosotros sufriríamos si estuviéramos en su lugar’ (66) (*‘they don’t suffer as we should in their place’*) (146). El nuevo rector, Mr. Borenus, llega a afirmar incluso que los pobres necesitan amor, pero Maurice, seguro y contundente, responde: *‘No dudo de que lo quieran, pero no lo conseguirán’* (165) (*‘I’ve no doubt they do, but they won’t get it’*) (146). Anne no puede comprenderle: ‘No me desagradan. Sólo que no pienso en ellos, salvo que me vea obligado a hacerlo. Esos barrios miserables, el sindicalismo y todo lo demás, son una amenaza pública, y todos tenemos que hacer algo contra ellos’ (166) (*‘I don’t dislike them. I just don’t think about them except when I’m obliged. These slums, syndicalism, all the rest of it, are a public menace, and one has to do one’s little bit against them. But not for love’*) (147).

Decía anteriormente que Forster se apartará finalmente de la pureza platónica por considerarla con seguridad una traición al género humano y a la esencia misma del platonismo. Pues bien, lo que acabamos de leer lo demostraría fehacientemente, ya que, a pesar de los griegos y de sus discriminaciones<sup>45</sup>, y a pesar de prejuicios similares en la sociedad inglesa, Maurice será amado por un pobre, por un criado, y él le amará a su vez.

No nos avancemos, con todo, a los acontecimientos. Maurice cree firmemente que puede cambiar como lo hizo Clive (capítulo XXXV), confía en el hipnotizador que visitará muy pronto y anuncia a su antiguo amigo que piensa casarse. Éste, ante una perspectiva tan favorable, comprende que ha llegado el momento de sellar aquello de lo que jamás debieran haber hablado. Le besa la mano y añade un lacónico: ‘Maurice querido, sólo quería mostrarte que no he olvidado el pasado. Completamente de acuerdo... No mencionemos el asunto más, pero quiero hacer esto aunque sólo sea una vez’ (174) (*‘Maurice dear, I wanted just to show I hadn’t forgotten the past. I quite agree –don’t let’s mention it ever again’*) (153). Y, aun así, fijémonos en cómo, al crear esta atmósfera de sello final, Forster alcanza, en mi opinión, todos los objetivos que un novelista –y denunciante- puede marcarse. Efectivamente, mientras describe la alegría de Clive, añade: “Odiaba la anormalidad, Cambridge, la habitación azul; ciertos calveros del parque

---

<sup>45</sup> El siguiente párrafo del *Erótico* de Plutarco, 751 B, resulta muy clarificador: ‘Solón prohibió a los esclavos amar a los adolescentes varones y untarles la piel con aceite, aunque no les impidió unirse con las mujeres. La amistad es, pues, un sentimiento noble y propio de ciudadanos, mientras que el placer es común a todos e indigno de un hombre libre, razón por la que no le corresponde tampoco amar a los esclavos jóvenes, pues este *éros*, como el recibido de las mujeres, es simple unión sexual’.

estaban...” (173) (“*He hated queerness, Cambridge, the Blue Room, certain glades in the park were...*”) (152). Abomina incluso de un poema que dedicó a Maurice y que se titulaba ‘Shade from the old Hellenic Ships’. Todo ha quedado atrás y “el conocimiento de que Maurice había prescindido también de tales sensiblerías lo purificaba todo” (173) (“*the knowledge that Maurice had equally outgrown such sentimentality purified it*”) (152). Pues bien, la aplicación de un mínimo de lógica aristotélica a lo que acabamos de leer supone inequívocamente que, quien osa censurar los amores prohibidos o simplemente silenciarlos, debería tener presente que aquella impura –y griega– “queerness” habita y nace en Cambridge, y es Cambridge. A veces, algunos de sus alumnos destacados -Clive- la abandonan y optan por un matrimonio parco en pasión. Maurice, en cambio, pese a la anterior conversación con Clive y de nuevo solo en la habitación, abre la ventana y: “‘¡Ven!’”, gritó de pronto, asombrándose a sí mismo. ¿A quién había llamado?” (174) (“‘*Come*’ he cried suddenly himself. Whom had he called?”) (153). Y es que quizá en la mente del escritor, en lo que concierne al personaje clave, pesa mucho aquel ‘si piensan en casarse y tener hijos...’.

Ahora bien, Maurice lo intentará todo, de manera que el Dr. Lasker Jones, después de emitir el diagnóstico de homosexualidad congénita<sup>46</sup>(capítulo XXXVI), no se dará por vencido: ‘Intentaré ponerle a usted en trance, y, si lo logro, le haré sugerencias que según espero subsistirían, y serán parte de su estado normal cuando despierte. No debe usted resistirse’ (179) (*Mr. Hall! I shall try to send you into a trance, and if I succeed I shall make suggestions to you which will (we hope) remain, and become part of your normal state when you wake*) (158). Sería imposible no advertir, naturalmente, que Forster juega a denunciar una ciencia que actúa “contra la naturaleza” violentando lo que ella misma califica de natural o congénito en aras de la uniformización promovida por la sociedad represiva. Por consiguiente, nada mejor (capítulo XXXVII) que enfrentar hipnosis con realidad. De nuevo en Penge, Maurice coincide en diversas ocasiones con el guardabosque, ya sea yendo de caza, o hablándole en el jardín, etc. Finalmente, en el curso de una noche de angustia por su futuro en manos de la hipnosis o, mejor dicho, inmerso en la lucha antinatural que le han creado, Maurice salta de la cama, corre las cortinas y grita espontáneamente: “‘¡Ven!’”. El acto le despertó; ¿qué sentido tenía aquello?” (190) (“‘*Come!*’ The action awoke him; what had he done that for?”) (167). Y, antes de que la ciencia pueda explicarlo, otro ser humano, Alec el guardabosque, reconoce el grito, sube por una escalera hasta la ventana y pregunta: “‘Señor, ¿estaba usted llamándome?... Señor, yo sé... yo sé’. Y unas manos le acariciaron” (75) (“‘*Sir, was you calling out for me?... Sir, I know... I know? and touched him*”) (167). Ni el platonismo depurado de Clive ni la rígida institución pederástica griega no habrían permitido que Maurice llegara al amor con la ayuda de un ser

---

<sup>46</sup> Me atrevería a mantener que la configuración del personaje de Maurice pretende poner en entredicho la perspectiva psicoanalítica o freudiana de la homosexualidad. Es cierto que Clive tendría una herencia básica “normal” y que el ambiente cerrado en que vivió podría haber causado en él una homosexualidad condicionada y pasajera. En cambio, la clave de la orientación sexual de Maurice no dependería de factores causales en las primeras etapas de su vida, sino de una herencia básica que la hace inevitable: homosexualidad congénita. Ahora bien, todos los datos anteriores referentes a la infancia y adolescencia de Maurice demostrarían más bien que Forster, también en este caso, cree en el factor ambiental. En el fondo, el novelista no estaría tan interesado en defender el derecho de un homosexual congénito a ser lo que es “naturalmente” como en hacer comprender que quien se ha configurado positivamente como homosexual por razones que se le escapan tiene derecho a no ser molestado de adulto y a vivir gozosamente su propia realidad, si no se siente impactado por otra diferente. Como veremos después, para Maurice es tan frustrante ver que la sociedad le asfixia como ver que la ciencia lo desahucia. (Respecto de la postura freudiana ante el hecho homosexual, véase por ejemplo M. Rose, *La homosexualidad*, Madrid, 1989, cap. II).

inferior. Pero, obviamente, Forster escribe su novela para vencer todos los tabúes, los antiguos y los modernos<sup>47</sup>.

Ni que decir tiene que el Maurice de la cuarta parte es ya un hombre diferente. De pronto descubre que la lascivia en estado puro es tan extraña como la misma pureza (capítulo XXXVIII). Aunque ha dejado atrás el Platón maduro que sólo Clive había adoptado, y aunque ha rechazado igualmente el platonismo occidental transido de una determinada vivencia cristiana del amor a Dios<sup>48</sup>, ha de volver a los textos de siempre, sea porque son un patrimonio cultural irrenunciable, sea porque proporcionan el marco de referencia idóneo. Maurice vuelve a hablar de amistad, del amigo, y el eco de los ejemplos antiguos hace una vez más acto de presencia: ‘¿No has soñado nunca que tenías un amigo, Alec? Nada más que eso, ‘mi amigo’, que él procuraba ayudarte a ti y tú a él, un amigo –repitió, poniéndose sentimental súbitamente-. Alguien a quien entregar tu vida entera y que te entregara también la suya. Supongo que algo así no puede suceder fuera de los sueños’”(194) (*‘Did you ever dream you’d a friend, Alec? Nothing else but just my friend, he trying to help you and you him’. ‘A fiend’, he repeated, sentimental suddenly. ‘Someone to last your whole life and you his’*) (172).

Horas después de haber gozado de un amor tan sensual como espiritual en una pequeña habitación de Penge, Maurice baja a ocupar su lugar en la sociedad (capítulo XXXIX). De momento, acepta las convenciones, pero él es ahora un hombre transformado por el efecto de una “droga” desconocida. Vivificado por una sabia nueva, está listo para luchar contra todo y contra todos. Vuelven a ser dos y “tenía la sensación de que los dos estaban contra el mundo entero... No pretendían causar al mundo daño alguno, pero si eran atacados, debían golpear, debían estar sobre aviso y descargar sus golpes con toda fuerza, debían mostrar que cuando se unen, las mayorías no triunfan” (198) (*“he felt that they were against the whole world... they intended no harm to the world, but so long as it attacked they must punish, they must stand wary, then hit with full strength, they must show that when two are gathered together majorities shall not triumph”*) (176). Un sentimiento muy clásico, muy griego, que hemos comentado ya.

Con todo, para un británico acomodado como Maurice, no es fácil abandonar los prejuicios con respecto a los inferiores. La mirada enigmática de Alec poco después de jugar un partido de cricket en Penge (capítulo XL) le llena de sospechas infundadas. De pronto no sabe si su amigo, su único amigo, es un demonio o un compañero. Vuelve a pensar, como siempre, que no se puede esperar el mismo grado de honestidad en un criado que en un señor, como tampoco puede pedírsele lealtad o gratitud. Se pregunta si no habrá sido todo un episodio más de lascivia, y el hecho simple de que Alec le envíe una carta pidiendo verle de nuevo le lleva a prever el peor de los chantajes: ‘Los hijos de los carniceros –Alec lo es- y el resto pueden pretender ser inocentes

---

<sup>47</sup> Decía al principio que Forster quedó muy impresionado por Edward Carpenter; pues bien, resulta igualmente revelador que “E. Carpenter shared his ‘simple life’ with a young working class man” (P. Gardner, *op. cit.* p. 29). Un ejemplo que Forster consideró, a lo que parece, digno de ser imitado.

<sup>48</sup> Podría sorprender el interés de una nación pragmática, comercial e industrial por un filósofo metafísico como Platón, pero ya el mismo J. S. Mill, autor de traducciones parciales del *Protágoras*, *El Fedro*, *El Gorgias* y *La Apología*, demostraba con su actitud que la filosofía platónica es susceptible de ser aprovechada por mentalidades y talentos diversos. Como señala F. M. Turner (*op. cit.* pp.374-5): “The study of the ancient philosophy was undertaken by at least three distinct groups of writers for three separate though not wholly unrelated purposes. Sewell, Butler, Blackie, Westcott, A.E. Taylor, and other late-century idealists saw Platonic philosophy as a vehicle for upholding vestiges of Christian or transcendental doctrines in the wake of utilitarian morality, positivist epistemology, and scientific naturalism. They appealed to what may be termed the prophetic Plato. Another set of writers including G. Grote, J.S. Mill, and surprisingly enough Walter Pater, associated Plato with the cause of critical, even sceptical epistemology and in some cases with radical social reform ... And B. Jowett, R. Nettleship, etc. used Plato’s moral and political philosophy to provide a more or less idealist surrogate for Christian social and political values. They hoped Plato might provide a counterbalance to individualistic liberalism and the egoistic ethics of utilitarianism”.

y afectuosos, pero...’ (*Butchers’ sons and the rest of them may pretend to be innocent and affectionate, but...*) (182). En suma, una prevención también muy clásica, muy griega.

El hipnotizador actúa por segunda vez (capítulo XLI), pero la ciencia tiene un límite y todo lo que el médico puede decirle es que le conviene ir a un país que haya adoptado el código napoleónico, a Francia o a Italia, donde a la homosexualidad ya no es considerada un crimen. De Inglaterra no se puede esperar gran cosa, puesto que ‘Inglaterra ha sido siempre reacia a aceptar la naturaleza humana’ (207) (*England had always been disinclined to accept human nature*) (185). De hecho, tampoco Maurice puede aceptar a Alec tal como es, esto es, sincero y contrario –pese a su actitud posterior- al chantaje. “Tuve un desliz con un... bueno, no es más que un guardabosque... Es un hombre rústico; me tiene en su poder’... la perfección de la noche se transformó en una torpeza pasajera” (209) (“*I went wrong with a –he’s nothing but a gamekeeper... he’s an uneducated man; he’s got me in his power’... the perfection of the night –la que pasó con Alec- appeared as a transient grossness*”) (185-186). Es evidente, por tanto, que bajo el peso de su educación, Maurice ha olvidado que fue él quien comprendió un día que la libertad griega que necesita, banalizada en los códigos de la Europa contemporánea, hay que asumirla libremente; en caso contrario, Grecia –o Italia o Francia- no representan nada, nada en absoluto.

Solo y en medio de la tempestad, recibe la amenaza. El guardabosque le ha hecho saber que está al corriente de lo que hubo entre él y Clive, le anuncia que irá a Londres para hablar y quedan finalmente citados en el British Museum (capítulo XLII). Alec se propone hacer entender al señorito Maurice que el amor no es un sentimiento propio de ciudadanos nobles y acomodados. Al contrario, el amor es un sentimiento universal y, además, ‘Yo procedo de una familia respetable, y no me parece decente que me trate usted como a un perro’ (211) (*I come of a respectable family, I don’t think it fair to treat me like a dog. My father is a respectable tradesman*) (188-189). Con independencia del resultado todavía incierto de su encuentro, hay que reparar en que ambos dirimirán su conflicto en la sede del mundo griego en Inglaterra, en el British Museum, donde el espíritu del Partenón y de todo un pueblo, los unirá o separará para siempre.

El combate, que en realidad ninguno de los dos desea, ha comenzado (capítulo XLIII). Alec vuelve a repetir sus amenazas, pero Maurice, desahuciado por la sociedad y por la ciencia, sin nada que perder excepto al amigo –ahora enemigo- logra no acobardarse. Hay la necesidad, además, de dotar a Maurice del carácter de héroe griego a fin de convertirlo en el símbolo del comportamiento noble e íntegro que sabe afrontar el peligro: “Su color destacaba entre aquellos héroes, perfectos, pero sin sangre, sin haber conocido nunca el desconcierto ni la infamia” (220) (“*His colouring stood out against the heroes, perfect but bloodless, who had never known bewilderment or infamy*”) (196). Y, si el pueblo rendía homenaje a sus héroes, Alec, rindiéndose al fin, lo hará también de buen grado: ‘Ya no le molestaré más, tiene usted demasiadas agallas’ (220) (*I’ll never harm you now, you’ve too much pluck*) (196). Ahora sí; ahora la paz permite unir de nuevo a los personajes por vínculos de amistad y ternura. Al fin y al cabo, es fácil admirar a los héroes, pero, siendo como son lejanos y puros, quizá es imposible amarles. Ambos confiesan el miedo que les ha traicionado y, por primera vez, perciben que pueden abandonar la palabra; o, dicho en otros términos, sólo el amor puede hacerla inútil, no así, en cambio, el silencio opresor contra el cual Forster y su novela han luchado tanto:

““Oh, dejemos esta charla. Toma’... Y ofreció su mano. Maurice la tomó, y consiguieron en aquel momento el mayor triunfo que un hombre ordinario puede obtener. El amor físico significa reacción y es esencialmente miedo, y Maurice vio entonces lo natural que era que su primitivo abandono en Penge le hubiese llevado al peligro. Ellos sabían tan poco uno de otro... y a la vez tanto. De ahí venía el miedo. De ahí venía la crueldad. Y se regocijó porque había comprendido la infamia de Alec a través de la suya: vislumbrando,

no por primera vez, el genio que se oculta en el alma atormentada del hombre. No como un héroe, sino como un camarada, había resistido a las bravatas, y había hallado tras ellas lo infantil, y detrás de esto, algo más” (222-23).

“*Oh let's give over talking. Here –and he held out his hand. Maurice took it, and they knew at that moment the greatest triumph ordinary man can win. Physical love means reaction, being panic in essence, and Maurice saw now how natural it was that their primitive abandonment at Penge should have led to peril. They knew too little about each other and too much. Hence fear. Hence cruelty. And he rejoiced because he had understood. Alec's infamy through his own -glimpsing, not for the first time, the genius who hides in man's tormented soul. Not as a hero, but as a comrade, had he stood up to the bluster, and found childishness behind it, and behind that something else*” (198).

Después de la tempestad, Maurice y Alec duermen juntos en Londres y se demuestran a sí mismos y a los demás que el éxtasis se apoya en una comunión cuerpo-alma que probablemente el mismo Platón -y especialmente el platonismo- acabaron por rechazar<sup>49</sup>.

Hábil constructor, Forster, cerca ya del final (capítulo XLIV), sabe y quiere someter a sus personajes a pruebas definitivas y, por encima de todo, definidoras de lo que son y serán. Ambos se sienten embriagados de felicidad, saben que tienen a todo el mundo en contra y que han de ser fuertes. Pero Alec sabe también que ha de marchar a la Argentina donde su hermano le ha encontrado un trabajo que ofrece mejores perspectivas que el actual. De hecho, ha de partir inmediatamente y, tan pronto como Alec cierra la puerta de aquel rincón de amor donde ha vivido “la noche”, Maurice se enfrenta de nuevo a la soledad que sintió antes y después de Clive, y la que sentirá en el futuro.

Ya en el puerto para despedir a Alec (capítulo XLV), Maurice podrá intercambiar decepción y soledad por esperanza y júbilo. Se ha desplazado allí porque “él olvidó todo salvo el rostro y el cuerpo de Alec, y utilizó el único medio que tenía de verlos. No quería hablar con su amante no oír su voz ni tocarle –toda esta parte había terminado-, sólo recapturar su imagen antes de que se desvaneciese para siempre” (230) (“*he forgot everything except Alec's face and body, and took the only means of seeing them. He did not want to speak to his love or to hear his voice or to touch him -all that part was over-, only to recapture his image before it vanished for ever*”) (205).

No obstante, Alec no desaparecerá de su vida; en el último momento, no se presenta para embarcarse y esto sólo puede significar que ha recuperado al amigo y que a buen seguro lo tendrá para siempre. Pues bien, las reflexiones del momento no pueden ser otras que las más clásicas, ya que, siendo como es hijo de una cultura heredada y en su caso querida –aunque a menudo convenga ir más allá-, Forster sabe que “crear” equivale a menudo a “repetir” con acierto la eterna belleza. He aquí, pues, el texto contemporáneo y el antiguo, uno al lado del otro, hermanados espiritualmente:

---

<sup>49</sup> Con independencia de la imposibilidad de optar por afirmaciones contundentes -y sobre todo excluyentes respecto de esta cuestión, la verdad es que la actitud que el texto refleja evoca claramente por ejemplo la tesis de W. Pater. En efecto, tal como resume Turner (*op. cit.* pp. 409-10): “In Pater's analysis that doctrine –Plato's doctrine of the Forms- traditionally associated with spiritual, idealist, or transcendental philosophy, emerged as a vindication of the flesh and the senses... Although Plato sought to impress upon his readers and upon Socrates' interlocutors in the *Republic* the reality of the unseen realm of the Forms, he had, according to Pater, actually been first and foremost a love of the visible world whose relationship to empirical sense data had been one of love and not hostility”. Por otro lado, hay que tener presente que Pater tiene contraídas deudas con Grote, el cual, y a fin de atacar la interpretación religiosa de Platón, destacó repetidas veces hasta qué punto la belleza física de los adolescentes y el impacto que supone en el enamorado es esencial en la sensibilidad platónica (Turner, *op. cit.* p. 397). Añadámoslo a lo ya dicho y el talante intelectual de Forster deviene cada vez más claro.

“Debían vivir al margen de las clases, sin relaciones ni dinero; debían trabajar y permanecer unidos hasta la muerte. Pero Inglaterra les pertenecía. Esto, junto con su hermandad, era su recompensa” (235).

*“They must live outside class, without relations or money; they must work and stick to each other till death. But England belonged to them. That, besides companionship, was their reward”* (208-209).

(El alma del enamorado) ‘Por esto voluntariamente no abandona, ni valora a algún otro más que al joven hermoso, sino que se olvida de la madre, los hermanos y del resto de compañeros y, si pierde sus bienes por negligencia, en nada le importa, y, despreciando las costumbres y los actos decorosos con que antes se adornaba, está dispuesta a convertirse en su esclavo y a yacer lo más cerca que se le permita del objeto de su añoranza’<sup>50</sup>.

Maurice intuye rápidamente que su amigo debe de estar en el hangar de las barcas de Penge donde le había citado otras veces. Finalmente, *“the universe had been put in its place”* (p. 209). El encuentro tiene lugar y nadie los podrá separar jamás.

Abrir, empero, un nuevo y definitivo capítulo en la convulsa existencia que le ha tocado vivir significa cerrar otro. Maurice debe comunicarlo a Clive o, dicho de otro modo, ha de reivindicar en su presencia un tipo de platonismo, de amor platónico, que él y la mayoría de la sociedad inglesa no están dispuestos a aceptar. Los diálogos de Platón *-El Simposio, El Fedro, etc.-* no nos han legado tan sólo una imaginería bellísima del sentimiento amoroso convertido después en patrimonio cultural de Occidente. Aquellos antiguos textos nos han legado sobre todo, piensa Maurice, una exhortación al goce desinhibido de la carnalidad como vía de acceso a la espiritualidad. Nada es comparable para él a la fusión físico-espiritual de dos seres enamorados que dan así una nueva dimensión a la vida humana. Huelga decir que Clive no lo comprende, pues, amparándose en la mayoría, estigmatiza a cuantos cuestionan sus costumbres y valores. El diálogo entre ambos es, por tanto, previsible:

(M). ‘Estoy enamorado de tu guardabosque’. (C). ‘Qué anuncio tan grotesco’. (M). ‘De lo más grotesco... pero consideré que después de todo debía venir aquí y decirte lo de Alec’. (C). ‘Me disgusta mucho oírte hablar de ti mismo así’. (M). ‘Soy de carne y hueso, si quieres condescender a cosas tan bajas... Me he unido a Alec... Totalmente...’. Clive volvió a la generalización, era parte de la vaguedad mental introducida por su matrimonio. (C). ‘La única excusa en una relación entre hombres es que se mantenga puramente platónica’. (M). ‘¿Ha sacrificado su carrera por mí... No sé si su actitud es platónica o no, pero es lo que ha hecho’ (238-240).

*M: ‘I’m in love with your gamekeeper’. C: ‘What a grotesque announcement!... you won’t dally with morbid thoughts. I’m so disappointed to hear you talk of yourself like that’. M: ‘I’m flesh and blood, if you’ll condescend to such low things .. I have shared with Alec... all I have. Which includes my body’. C: ‘The sole excuse for any relationship between men is that it remain purely platonic’. M: ‘He’s sacrificed his career for my sake... I don’t know whether that’s platonic of him or not, but it’s what he did’* (212-213)<sup>51</sup>.

<sup>50</sup> Platón, *Fedro* 252 -la traducción es mía siguiendo la edición de J. Burnet, *Platonis Opera*, vol. 2. Oxford: Clarendon Press, 1901, rpr. 1991. Cf. Plutarco, *El Erótico* 762 F.

<sup>51</sup> Dada la importancia de las traducciones de Benjamin Jowett en la época, merece la pena detenerse en su personalidad intelectual. Ya he dicho antes que se inscribe en el corriente que pretende salvar al país del “desastre” que provoca la moral utilitaria y liberal con el idealismo de la filosofía platónica. Esta operación, empero, plantea muchos problemas, ya que, por ejemplo, la “moral sexual” de Platón no era “digerible” por la Inglaterra bienpensante. ¿Cómo resolver el problema? Pues bien, desde una visión

Y la despedida inevitable de los viejos amigos es en verdad magistral. Forster ha enfrentado a lo largo de toda la novela dos mundos opuestos, atreviéndose a denunciar incluso que uno de sus protagonistas, el “honorable” –Clive-, lo es pese a los esfuerzos de las respetables instituciones pedagógicas por violentar su naturaleza. Fueron, por lo demás, tan efectivas que tuvieron a Clive apartado de la “norma” un tiempo considerable. Después, Clive volvió a donde pertenecía, pero ello no impide que sea Maurice, el heterodoxo, quien explique al hombre casado –y se supone que feliz y maduro- cuáles son y cuáles han sido siempre, desde la Grecia Clásica hasta ahora, las leyes de la amistad y del amor:

“Maurice abrió su mano. Luminosos pétalos aparecieron en ella. ‘Tú te interesas por mí un poquito, lo creo –admitió-. Pero no puedo basar toda mi vida en un poquito. Ni tú. Tú apoyas la tuya en Anne. No te preocupas de si tu relación con ella es platónica o no. Sólo sabes que es lo suficientemente grande como para apoyar en ella una vida. Yo no puedo apoyar la mía en los cinco minutos que me dedicas entre ella y la política. Tú no harás nada por mí, salvo verme. Es lo único que has hecho en todo este año infernal. Me dejas libremente en tu casa, y procuras por todos los medios casarme, porque eso te libera de mí. Te preocupas un poco por mí, ya lo sé –pues Clive había protestado-, pero nada tenemos que hablar, y tú no me amas. Yo fui tuyo una vez hasta la muerte, y lo sería si te hubieras preocupado de conservarme, pero ahora soy de otro... No puedo apoyarme en el dolor para siempre... y él es mío de una forma que te sorprende, pero ¿por qué no dejas de sorprenderte y atiendes a tu propia felicidad?’. ‘¿Quién te enseñó a hablar así?’ –farfulló Clive. ‘Tú, no pudo ser otro’” (241).

*“Maurice opened his hand. Luminous petals appeared in it. ‘You care for me a little bit, I do think’, he admitted, ‘but I can’t hang all my life on a little bit. You don’t. You hang yours on Anne. You don’t worry whether your relation with her is platonic or not, you only know it’s big enough to hang a life on. I can’t hang mine on to the five minutes you spare me from her and politics. You’ll do anything for me except see me. That’s been it for this whole year of Hell. You’ll make me free of the house, and take endless bother to marry me off, because that puts me off your hands. You do care a little for me, I know’ - for Clive had protested- ‘but nothing to speak of, and you don’t love me. I was yours once till death if you’d cared to keep me, but I’m someone else’s now -I can’t hang about whining forever -and he’s mine in a way that shocks you, but why don’t you stop being shocked, and attend to your own happiness?’ ‘Who taught you to talk like this?’ Clive gasped. ‘You’” (214).*

El mensaje parece claro: “Ama, si puedes, y deja amar”. El destinatario: una Inglaterra con tanta fuerza que logró que E. M. Forster renunciara a publicar *Maurice* en vida; lo fue póstumamente en 1971.

---

hegeliana de la historia de la humanidad, mantenía que los modernos podían entender mejor que el mismo filósofo ateniense lo que éste pretendía decir. Por tanto, “to understand him, we must make abstraction of morality and of the Greek manner of regarding the relation of the sexes. In this, as in his other discussions about love, what Plato says of the loves of men must be transferred to the loves of women before we can attach any serious meaning to his words. Had he lived in our times, he would have made the transposition himself. But seeing in his own age the impossibility of women being the intellectual helpmate or friend of man (except in the rare instances of a Diotima or an Aspasia), seeing that, even as to personal beauty, her place was taken by young mankind instead of womankind, he tries to work out the problem of love without regard to the distinctions of nature” (citado por F.M. Turner, op. cit. p. 425). El texto se comenta por sí mismo y, por otro lado, la conducta del Maurice de estos momentos revela, como toda la novela, que Forster escribe para enfrentarse a una realidad y no para rehuirla.